3 0081 013 270 925

JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES

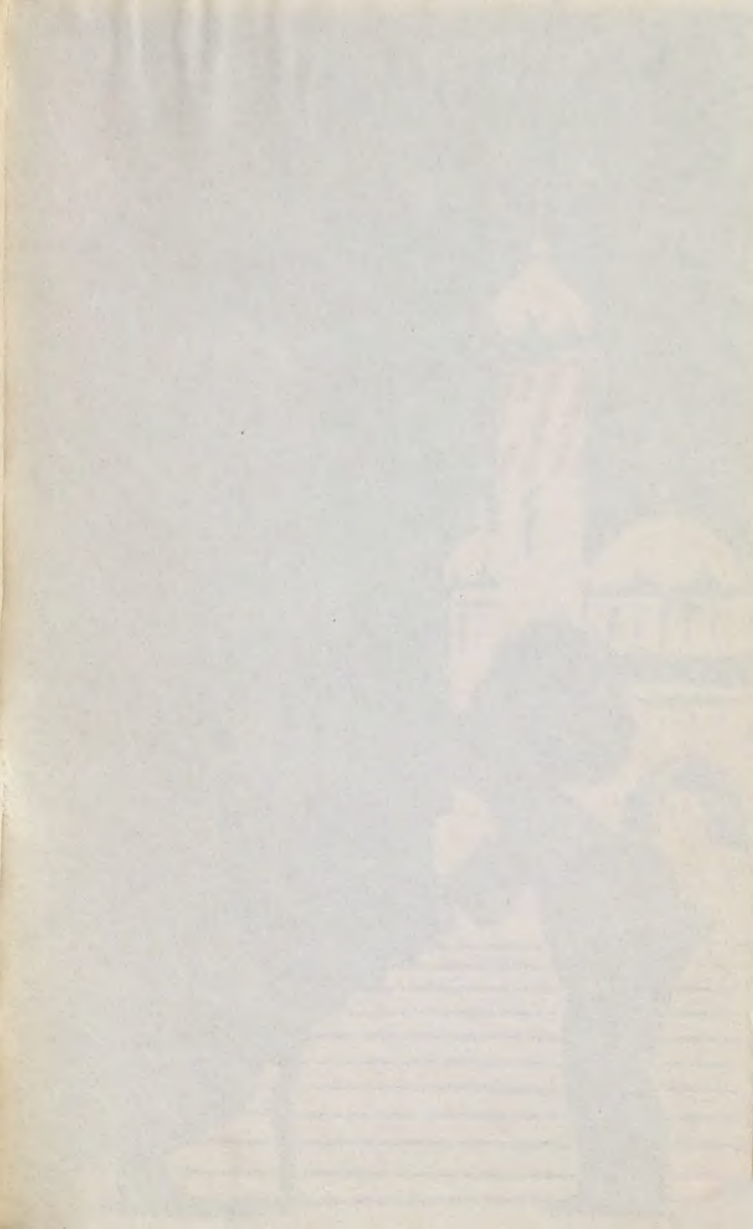
NASHVILLE, TENNESSEE

PJ
487
.B5
v.2

723054

Date Due

DEMCO NO. 38-298



CUENTOS ORIENTALES
EL VISIR
RESUCITADO

BIBLIOTECA

DE

CUENTOS ORIENTALES

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA

CATEDRÁTICO DE LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL. - DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

VOLUMEN II

EL VISIR RESUCITADO

BIBLIOTECA

DE

CUENTOS ORIENTALES

El príncipe que todo lo dió.
El visir resucitado.
El herrero y el califa.
Las promesas del ingrato.
¡Guisantes! ¡Guisantes!
Los cuatro talismanes.
Las ruinas del molino.
¡Los muertos vuelven!

CUENTOS ORIENTALES

EL VISIR RESUCITADO

TERCERA EDICIÓN

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

MADRID
E. MAESTRE. — EDITOR.
CALLE DE LAS POZAS, 12.
TELÉFONO 13713.

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

Dr. Lisardo Díaz,

Censor.

IMPRÍMASE

Dr. J. Francisco Morán,

Vic. General.

Madrid, 23 de mayo de 1929.

ES PROPIEDAD

Imprenta Ibérica, Pozas, 12. — Teléfono 13713. — Madrid.

187 723054

ADVERTENCIA

Nos proponemos, al publicar esta BIBLIOTECA DE CUENTOS ORIENTALES, dar a conocer al público de lengua española algunos cuentos poco divulgados, que forman parte de grandes colecciones, como las *Mil y una noches*, los *Mil y un días*, el *Tripitaka Chino* y otras compilaciones corrientes en el mundo oriental o conocidas sólo de los eruditos, por las publicaciones y revistas folklóricas.

En cada caso, adaptamos el cuento de forma que, sin perder nada sustancial, pueda ponerse en todas las manos, principalmente en las de los niños, tan aficionados a esta clase de narraciones.

Unos cuentos tendrán carácter maravilloso, al cual sienten gran afición los orientales; otros tendrán un tinte festivo, y todos encuadrarán dentro del marco de la más austera seriedad y

moralidad, con arreglo a moldes estrictamente religiosos.

Procuraremos dar muestra de cuentos árabes, chinos, indios, birmanos, armenios, egipcios, persas, turcos, rusos, etc., ilustrados cuidadosamente. Y no dejaremos pasar la ocasión de publicar algunos cuentos cuyos textos tienen interés para el estudio de la Literatura española.

* * *

Este primer volumen contiene los cuentos siguientes: *El visir resucitado,* traducción del texto árabe recogido por los Padres Jesuítas de Beyrut, en el apéndice al tomo V de su edición expurgada de las *Mil y una noches;* los dos cuentos, *La injuria del brahmán* y *La ciudad sepultada,* están tomados de la gran colección de *Quinientos cuentos y apólogos del «Tripitaka» chino* (ed. Chavannes, París, 1882, tres volúmenes): esta colección es, a su vez, adaptación de otra india del mismo título; y *El más tonto de los tres,* figura en el libro de Abumidián el Fasí, *Machmúa ez-Zarf.*

Utilizados estos cuentos y apólogos en la enseñanza y predicación religiosas, tienen un marcado carácter moralizador, y se consideran, tradicionalmente, como hechos acaecidos a Buda o

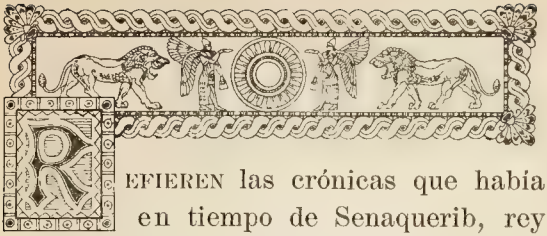
a personajes piadosos de la antigüedad, que descollaron en la práctica de la virtud y en el ejercicio del ascetismo y de la propia renunciación.

Téngase presente, para la mejor inteligencia de estos dos cuentos chinos, la teoría corrientemente admitida en la religión budista, de la *metempsícosis*, o sea de la transmigración de las almas: cuando el cuerpo muere, el alma pasa a informar la vida de otro ser, que será noble si aquella persona había sido buena, y será vil, si la persona fué mala.

* * *

En la parte editorial se ha procurado hermanar la presentación con el precio moderado, para que los compradores de CUENTOS ORIENTALES puedan constituir una biblioteca elegante sin realizar grandes desembolsos; y se ofrecen excelente papel, caracteres de imprenta nuevos y claros, bonitas ilustraciones y encuadernación sólida.

A. G. P.



EFIEREN las crónicas que había en tiempo de Senaquerib, rey de Tor y de Nínive, un hombre sabio llamado Haicar. Era secretario del rey Senaquerib y su visir; poseía abundantes riquezas y fincas sin cuento; conocía la magia, las ciencias, la filosofía; estaba dotado de claro talento, recto juicio y prudente consejo. Habíase desposado varias veces, pero no consiguió tener sucesión, lo cual le producía profunda pena. Ante una asamblea de astrólogos, de sabios y de magos, informó de su caso, consultando acerca del remedio para su pesadumbre. Ellos le aconsejaron:

— Haz sacrificios a los dioses y pídeles que te concedan la gracia de un hijo.

Hízolo tal cual se lo dijeron; llevó sus ofrendas a los ídolos; les demandó ayuda; se humilló ante ellos con súplicas y oraciones; pero no le respondieron ni una sola palabra. Salió de allí triste y afligido, y ale-

jóse con el corazón destrozado. Volvió humilde y arrepentido ante Dios, hizo profesión de fe y le pidió auxilio, caso de merecerlo, clamando a grandes voces:

—¡Oh, Señor del cielo y de la tierra! ¡Oh, Creador de todo lo existente! Te pido que me hagas la merced de un hijo para que con él sea yo honrado, él presencie mi muerte, cierre piadoso mis ojos, dé sepultura a mis huesos y herede mis bienes.

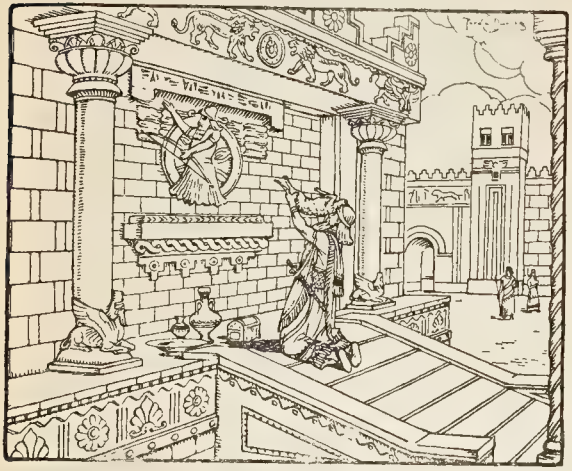
Oyó entonces una voz que le decía:

—Por haber ido primero a los ídolos y a los falsos dioses, llevándoles ofrendas, te quedarás sin sucesión; pero levántate, ve en busca de Nadán, el hijo de tu hermana, y adóptale por hijo; enséñale tu ciencia, tus letras, tus conocimientos, y él será tu heredero cuando mueras.

Ante tal mandato divino, Haicar adoptó a Nadán, su sobrino, que era pequeñito; como todavía mamaba, le entregó a ocho nodrizas para que le criasen. Lo hicieron así, dándole los mejores alimentos, procurándole la crianza más oportuna. Le vistieron de seda, púrpura y carmesí, y le sentaron sobre tapices y alfombras riquísimos. Cuando Nadán creció y supo andar, alto ya co-

mo un cedro, enseñóle Haicar las letras profanas y la escritura, la religión, la filosofía y todas las ciencias.

Cierto día, después de todo esto, el rey



Haicar había llevado ofrendas a los falsos dioses...

Senaquerib se fijó en Haicar, y como vió que ya estaba muy viejo, le dijo:

— ¡Oh, noble amigo, sabio honrado, discreto consejero; mi fiel visir, guardador de mis secretos, sostén de mi dinastía!... Ciertamente has envejecido; tus años son muchos, tu muerte está próxima. Dime, ¿quién me servirá cuando tú me faltes?

— ¡Oh, mi señor el rey! — contestó humildemente Haicar —. ¡Que Dios (¡ensalzado sea!) te haga vivir muchos años! La persona por quien preguntas es Nadán, mi sobrino, a quien he adoptado por hijo, educándole y transmitiéndole todo mi saber.

—Tráelo, Haicar—ordenó el soberano—, para que yo le vea. Si le encuentro a propósito, le pondré en tu puesto, y tú podrás retirarte a donde quieras en busca del descanso y el reposo que tu ancianidad merece, y a vivir el resto de tus días de la manera más tranquila.

Haicar, cumpliendo el deseo del soberano, le presentó a Nadán, su sobrino, el cual se prosternó ante él con gran gentileza, grave continente, modestia, ciencia y sabiduría. Miróle atentamente el rey, examinóle con detenimiento, y quedó admirado y satisfecho de todo.

— ¡Como si fuese tuyo! — dijo a Haicar el rey, entusiasmado —. Pide a Dios que le guarde, y así como tú me has servido a mí, y antes a mi padre Sarhadrón, así éste tu hijo me servirá a mí, se ocupará en mis asuntos y en mis negocios, y yo le honraré y ensalzaré por tus méritos.

Haicar, el visir, se prosternó ante el rey, y le dijo:

— ¡Viva tu persona, oh mi señor, eternamente! Te suplico que le mires con benevolencia, por ser hijo mío, y que le perdones las faltas que pueda cometer hasta que aprenda a servirte como mereces.

El rey juró que le consideraría como el primero entre sus grandes y el más honrado entre sus amigos, y que le tendría a su lado con toda dignidad y estimación.

Haicar besó las manos al rey, hizo votos por su prosperidad y se llevó consigo a su sobrino a un lugar solitario, donde empezó a enseñarle de día y de noche, hasta que le fueron más agradables la ciencia y el saber que el pan y el agua. Le decía frecuentemente:

— Hijo mío, oye mis palabras, sigue mis consejos y cuídate bien de todo cuanto te digo:

«La palabra que oigas, procura que muera en tu corazón sin asomar a tus labios; de otra manera, acaso se vuelva un ascua que abrase tu lengua, ponga en tu cuerpo el dolor, te acarree el fuego eterno y te aparte de Dios y de los hombres.

»Si oyes alguna noticia, no la divulgues; si ves algo, no lo cuentes.

»Facilita tus palabras al que te escucha, y no te precipites a contestar.

»No desees ningún bien terrenal, porque desaparece y pasa, mientras que la bondad y la fama duran eternamente.

»No te enamores de ninguna mujer amiga de adornos y de lujo, porque en su alma es insolente, y si la satisfaces sus caprichos, habrás de darla cuantos bienes poseas y te quedarás vestido de su falta, atrayéndote la ira divina.

»No seas como el almendro, que echa las hojas antes que todos los demás árboles y da el fruto después de todos ellos; sé como la morera, que da el fruto antes que los otros árboles y es el último que echa las hojas.

»Inclina tu cabeza hacia el suelo, habla con tonos suaves, muéstrate correcto y fino en tus modales, pórtate siempre con rectitud; no seas insolente, ni levantes la voz cuando te rías o hables; con los gritos no se logrará hacer algo más útil que lo que se consigue que haga un asno a quien a todas las horas del día se le está gritando.

Haicar instruía pacientemente a su sobrino.

»Traslada la piedra con el hombre piadoso después de que hayas bebido con el hombre vil.

»Escancia tu bebida en las mansiones de la gente honrada, y no bebas en compañía de gentes ruines.

»Júntate con personas sabias, que Dios te concederá que seas como ellas; no te acerques a los ignorantes, pues acaso te vuelvas como ellos y te transmitan sus malos instintos.

»Cuando necesites buscar un amigo, pruébale antes, y luego concédele tu amistad; sin ponerle a prueba, no le alabes, porque te expones a decir tus pensamientos a un hombre sin juicio.

»Dirige bien tu barca antes que el mar se altere, sus olas se encrespen, te ahogues y no puedas salvarte.

»Si el rico se come una serpiente, dicen que lo hace por su sabiduría; si la come el pobre, dicen que es por hambre.

»Conténtate con los bienes de fortuna que tengas y no pidas nada a nadie.

»No trates con el hombre insensato, ni comas pan en su compañía, ni te alegres con los remedios que te den tus vecinos. Si

tu enemigo procura perjudicarte, adelántate tú con el bien.

»Al hombre que teme a Dios, hónrale e imítale.

»El ignorante cae y da un mal paso; el sabio, aunque tropiece, no se conmueve ni cae; si le acontece caer, se levanta en seguida; si enferma, puede probar el temple de su alma; mientras que el necio no halla remedio para su enfermedad.

»Cuando hayas de recibir a un hombre de menos categoría que tú, recíbele en pie, pues si él no te pareciera bastante, ha de serte suficiente el saber que te hallas en presencia de Dios.

»No te excuses de castigar alguna vez a tus hijos: el castigo del niño es tan necesario como el abono al huerto, el cordón a la boca de la bolsa, las bridas al caballo y la cerradura a la puerta.

»Aparta a tu hijo de las malas compañías, edúcalo antes de que crezca y se rebele contra ti; pudiera despreciarte delante de tus amigos y hacerte bajar la cabeza ante la sociedad.

»No dejes salir palabra alguna de tu boca antes de que te pregunten, ni te mezcles en

las conversaciones de los que disputan; de una palabra mala, surge una disputa; de la disputa, viene la guerra; de la guerra, la muerte, y tú estarás obligado a ser testigo. Huye de tales discusiones y vive en paz.

»No te pongas enfrente de quien sea más poderoso que tú; procúrate un espíritu sufrido y una voluntad pura: éstas son las cualidades más excelentes que puedes tener.

»No te alegres de la muerte de tu enemigo, porque dentro de poco tiempo serás su vecino. A quien te diga palabras amables, hónrale y adelántate a saludarle.

»Cuando el agua no corra por el cauce del río; cuando no vuelen por el aire los pajarillos; cuando los cuervos sean blancos y el acíbar dulce como la miel, entonces el necio y el tonto serán discretos.

»Si quieres ser sabio, aparta tu lengua de la mentira, tus manos del robo, tus ojos del mal.

»Recibe con más gusto una paliza del hombre sabio, que un regalo del ignorante.

»Ocupa el lugar más alto de tu casa, y serás honrado en la vejez.

»No te pongas enfrente de ningún hom-

bre constituído en autoridad, ni trates de ir contra la corriente de un río desbordado.

»No intervengas en casamientos; porque si resultan bien, los interesados no te alabarán por ello, y si resultan mal, te insultarán y aborrecerán.

»Cuatro clases de individuos hay que no pueden pasar inadvertidos: el inteligente, el necio, el rico y el pobre.»

* * *

Cuando terminó Haicar de hacer las anteriores reflexiones y recomendaciones a su sobrino Nadán, creyó que éste había aprendido todo cuanto él practicó para ser honrado, sin sospechar que pudiera hacer lo contrario. Después le hizo entrega de todos sus bienes, de sus esclavos, de sus caballos, de sus bestias y de todo lo legítimamente adquirido con su trabajo.

Nadán fué colocado junto al rey, con los mismos honores y rango que su tío Haicar. El antiguo visir quedó en su casa tranquilo. Según su costumbre, continuó visitando al rey de cuando en cuando para saludarle.

Así que Nadán se dió cuenta de que el

poder estaba afirmado en sus manos, despreció a su tío Haicar, mostróse altanero con él, principió a criticarle cada vez que tenía ocasión y a decir que su tío estaba viejo, que chocheaba y que había perdido toda su ciencia. Por otra parte, empezó a castigar a los esclavos, a vender los caballos y los camellos, a gastar alegremente cuanto su tío le había dado...

En cuanto Haicar se enteró de que su sobrino Nadán trataba sin compasión a la servidumbre, le expulsó de su casa e hizo saber al rey los actos que realizaba, su disipación y prodigalidad. Pero Nadán convenció al rey de que Haicar chocheaba y de que nadie se había apoderado de sus bienes y de su casa. El ingrato mancebo apartóse por completo de su tío y ni siquiera le saludaba. Arrepintióse entonces Haicar de cuanto había hecho por su sobrino, y apenóse profundamente.

* * *

Tenía Nadán un hermano más pequeño llamado Benudardán, y a éste adoptó Haicar en vez de Nadán, le educó, le honró

cuanto pudo, le entregó los pocos bienes que aún poseía y le encargó de la administración de sus haciendas. Cuando Nadán se enteró de esto, devorado por la envidia y dominado por la cólera, principió a quejarse a todo el que le preguntaba y a burlarse de su tío, diciendo:

—Mi tío me ha arrojado de su casa y ha preferido a mi hermano sobre mí; pero ¡ojalá me dé poder Dios (¡ensalzado sea!) para arrojarle en el tormento de la muerte!

Y seguía buscando la manera de perder a su tío Haicar.

* * *

Pasado algún tiempo, Nadán escribió una carta a Ajis ben Sha Haquim, rey de Persia y de los infieles, en la cual le decía:

«Salud completa, felicidades y honores desean Senaquerib, rey de Tor y de Nínive, y su visir y secretario Haicar, para ti, ¡oh rey ilustre! ¡La paz sea entre nosotros! Apenas llegue a tus manos esta carta, levántate y ven apresuradamente. Espera en tierra de Tor y de Nínive, en el pueblo de Nisrín,

hasta que yo te envíe esclavos, sin aparato de guerra ni orden de ejército.»

A Faraón, rey de Egipto, le escribió:

«¡La paz sea entre nosotros, ¡oh rey engrandecido! Apenas recibas esta carta, apresúrate a venir a tierra de Nisrín, en Tor y Nínive, hasta que yo te mande esclavos, sin guerra y sin lucha.»

Después escribió otra carta, como si fuera del rey, dirigida a Haicar, en la cual le decía:

«La salud perfecta para mi visir y guardián de mis secretos, Haicar. Apenas recibas esta carta, reúne todo el ejército que tengas y equípalo por completo. Ven a buscarme el jueves a tierra de Nisrín. Cuando estemos a la vista, yo iré a tu encuentro con los soldados más rápidos, que se pelearán con los tuyos para simular un combate; pues tengo en mi poder a enviados de Faraón, rey de los egipcios, y deseo que admiren la fuerza de nuestros ejércitos y nos teman. Ya sabes que son nuestros enemigos y nos odian.»

Selló la carta y la mandó a Haicar con uno de los pajes del rey. Y tomando la primera que había escrito, se la llevó al rey, se la leyó y le hizo ver los sellos.

Cuando Senaquerib oyó su contenido, se puso colérico en extremo y gritó:

— ¿Qué he hecho yo a Haicar para que se porte de este modo conmigo y escriba esta carta a mi mayor enemigo? ¡Esta es la recompensa que me da a cambio de mis bondades para él!

— No te acalores, señor — dijo Nadán al rey, con fingida tranquilidad —, ni tomes pesadumbre, ni te irrites. Lo mejor que podemos hacer es irnos a tierra de Nisrín y comprobar con nuestros ojos si la noticia es exacta o no.

El jueves siguiente hizo Nadán que saliera el rey con los visires y soldados y se trasladaran todos al desierto de Nisrín. Apenas llegaron, vió el rey a Haicar con sus soldados en filas. Cuando el antiguo visir divisó al rey, se adelantó y mandó a sus tropas que entablaran escaramuza, atacando a las del rey, según se le ordenaba en la carta (pues no podía sospechar el lazo que le había tendido Nadán).

— Mira, señor, lo que hace ese malvado — dijo Nadán al rey, poseído de indignación fingida. Mas no te irrites, ni te enfurezcas, ni tengas ningún cuidado. Vuélvete a tu palacio, y yo te llevaré a Haicar atadas las manos y con cadenas en los pies; yo te libraré de tu falaz enemigo.

Volvióse el rey a la ciudad con el corazón oprimido por lo que Haicar le había hecho, y se apoderó de su ánimo violenta agitación. No podía concebir la acción de su visir, del guardián de sus secretos, de su mejor amigo y consejero, de Haicar.

Nadán, por su parte, acercóse a Haicar, empleó su voz más dulce, y le dijo con la sonrisa en los labios:

—¡Por Dios, que el rey ha quedado contentísimo, y ha elogiado lo bien que has cumplido su mandato! Ahora me envía a decirte que despidas a los soldados y que vayas a su presencia atado de pies y manos, para que lo vean los enviados de Faraón; pues todavía está él temeroso de ellos y de su soberano.

— Oído y obedecido — dió por única respuesta Haicar.

Nadán le ató las manos y le puso grillos

en los pies. En esta forma le condujo a la presencia del rey.

Había visto también el soberano la segunda carta. Cuando llegaron, Haicar se

Haicar ordenó a sus tropas que entablaran escaramuza.

prosternó ante su señor hasta tocar la tierra con su rostro. El monarca le habló en estos términos:

—¡Oh, Haicar, mi secretario, el encargado de todos mis asuntos, mi confidente, el administrador de mi dinastía! Dime, ¿qué mal te he hecho yo para que me recompenses con tan feas acciones?

Y le mostraba las cartas con su sello y escritas por su propia mano. Haicar, ante aquello, empezó a temblar como un azogado, a la vez que se le anudaba la lengua y no pudo pronunciar ni una sola palabra con juicio y discreción, sino que pegó el rostro contra el suelo y guardó silencio.

El rey mandó entonces que mataran a Haicar, que le cortaran la cabeza con un sable, fuera de la ciudad. Nadán exclamó, con mal reprimida satisfacción:

— ¡Oh, Haicar, hombre de negra condición! ¿De qué te han servido tus astucias y tus traiciones para hacer lo que has hecho con el rey?

* * *

El verdugo se llamaba Abusomaic, y era pobre. El rey le dió la siguiente orden:

— Corta el cuello a Haicar en la puerta de su casa, coge su cabeza y arrójala a cien codos de su cuerpo.

Recobró Haicar el uso de sus sentidos y, prosternándose ante el rey, exclamó:

— ¡Viva eternamente mi señor el rey! Si tú quieres que muera, bien está. Yo sé que

no tengo culpa alguna; pero al caído le hieren con su propia espada. Ahora espero de ti, oh mi señor, y por tu antigua amistad, que ordenes al verdugo que entregue mi cadáver a mis esclavos para que me entierren. ¡Y sírvate la vida de tu siervo para tu rescate!

El rey mandó al verdugo que hiciera lo que Haicar deseaba. Le cogieron varios pajes del rey y el verdugo, y se marcharon con él, y le iban a desnudar para ser ejecutado. Cuando el viejo visir se cercioró de que le mataban, envió un recado a su esposa, que se llamaba Asgafni, diciéndola:

— Sal a mi encuentro acompañada por cien esclavas vírgenes, vestidas con trajes de púrpura y seda, para que me lloren antes de mi muerte; prepara una mesa bien provista al verdugo y a los soldados de la guardia real, y dispón vino abundante para que beban.

La mujer de Haicar, que también era sabia, discreta, entendida en la magia y versada en las letras humanas, cumplió fielmente las órdenes de su esposo.

Cuando el verdugo y las tropas llegaron a la casa, encontraron la mesa preparada y las bebidas dispuestas. Empezaron a comer y a beber hasta que se hartaron y embriagaron. Haicar, entonces, llamó aparte al verdugo y le habló así:

— ¡Oh, Abusomaic! ¿Recuerdas cuando el rey Sarhadrón, padre de Senaquerib, quiso matarte, y yo te cogí y te oculté en un lugar que nadie conocía? ¿Recuerdas que te perdonó el rey, después de muchos días en los que yo no cesé de suavizar su cólera para que te dejase libre? ¿Recuerdas que al llevarte yo a su presencia se alegró mucho? Ahora te recuerdo la buena acción que hice contigo. Yo sé que el rey se arrepentirá de lo que hace conmigo y se irritará furiosamente por mi muerte, porque no tengo culpa; si tú entonces me presentas a él, serás recompensado espléndidamente.

Haicar descansó unos momentos y luego continuó:

— Has de saber que Nadán, mi sobrino, me ha engañado y conducido a la perdición y a la ruina; pero el rey se arrepentirá de haberme mandado matar. En mi casa hay un subterráneo que nadie conoce: ocúl-

tame allí, haciéndoselo saber a mi esposa Asgafni; toma de mis calabozos un esclavo que está condenado a muerte; sácale, vístele con mis ropas; manda a los soldados, borrachos del todo, que le maten, y no sabrán a quién mataron; ordénales que tiren su cabeza a cien codos de su cuerpo y entrega su cadáver a mis siervos para que lo entierren. Esta acción será para ti un tesoro que dejarás depositado en mis manos.

Dejóse convencer el verdugo e hizo lo que Haicar quería. Y después de ejecutar al esclavo, se fueron a dar cuenta al rey, acabando con el saludo ritual:

—¡Viva, señor, tu persona eternamente!

* * *

Asgafni, la esposa de Haicar, le llevaba a la mazmorra comida y bebida: cada vez bajaba más de lo necesario para una semana. Nadie absolutamente se había enterado de la estratagema de Haicar. Divulgóse por todo el reino de Tor y de Nínive la noticia de que Haicar el sabio había sido ejecutado y muerto. Y las gentes, gimiendo y llorando, decían:

— ¡Lástima de ti, Haicar, y de tu ciencia y sabiduría! ¿Dónde se podrá encontrar un hombre semejante a ti? ¿Dónde se podrá hallar una persona tan inteligente, tan sabia, tan discreta como tú que pueda ocupar tu puesto?

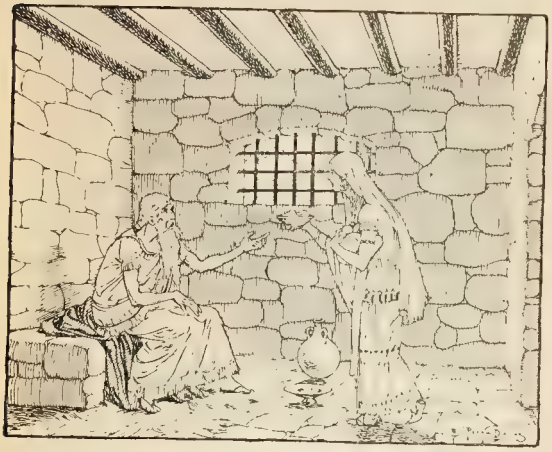
El rey, por su parte, se arrepintió cuando ya no había remedio, y ordenó a Nadán:

— Ve, reúne a tus amigos y dispón el funeral por tu tío Haicar; honra su memoria tan cumplidamente como es costumbre cuando se trata de hombres de su rango.

Nadán, el necio, el ignorante, el de ruin corazón, fué a casa de su tío a disponer el funeral; mas no sintió pena alguna, ni lloró, ni suspiró; contentóse con llevar gentes malvadas que no hicieron sino comer y beber desordenadamente. El ingrato sobrino empezó a tomar para sí los esclavos y los siervos de Haicar; a forzarlos, castigarlos y apalearlos sin compasión; no respetó siquiera a la esposa de su tío, que había hecho con él las veces de madre amantísima.

Mientras tanto, Haicar, oculto en la mazmorra, oía el llanto de los siervos y esclavos, alababa a Dios misericordioso y le bendecía. Elevando sus oraciones al Señor (¡en-

salzado sea!), se humillaba hasta besar el suelo. De vez en cuando, el verdugo iba a



Asgafni, la discreta esposa de Haicar, llevaba a la mazmorra los alimentos necesarios.

honrarse con él, visitándole; le consolaba y hacía votos por su libertad.

* * *

Cuando la noticia de la muerte de Haicar se extendió por todas las regiones y llegó a los más alejados límites de la tierra, produjo gran alegría entre los reyes por los ma-

les que acarrearía a Senaquerib la pérdida de aquel sabio ministro. El primero que mostró su satisfacción fué el rey de Egipto, que escribió al rey de Nínive una carta concebida en estos términos:

«La salud completa, la felicidad y el honor sean propiedad exclusiva de mi hermano y mi honrado Senaquerib el rey. Deseo ardientemente construirme un palacio entre el cielo y la tierra, y te suplico encarecidamente que me envíes un sabio mago de tu corte para que me lo edifique; quiero, además, que me conteste a las preguntas que yo le dirija. Si no lo hace, me habrás de pagar un tributo igual al valor de las rentas de Tor y de Nínive durante tres años.»

Selló la carta y se la envió a Senaquerib. Este, al recibirla, leyóla en compañía de sus visires y magnates de la corte, los cuales quedaron aterrados. El rey, encolerizado, empezó a consultar qué haría y cómo se las compondría para conjurar el conflicto. Reunió a los ancianos, a los ulemas, a los sabios, a los filósofos, a los astrónomos, a cuantos sabían algo; hizo leer la carta delante de ellos y les preguntó luego:

– ¿Quién de vosotros acudirá a la llamada de Faraón, rey de Egipto, y será capaz de contestar a sus preguntas?

Y todos unánimes respondieron:

— ¡Oh, nuestro señor el rey! Nadie hubiera sabido resolver esta cuestión mejor que Haicar, tu visir y secretario; ahora sólo podrá responder a las preguntas de Faraón, Nadán, su sobrino, a quien él enseñó toda su ciencia y sabiduría. Pídeselo: tal vez pueda él sacarte de esta situación apurada.

El rey llamó a Nadán y le dijo:

— Mira esta carta y entérate de su contenido.

Una vez que lo hizo, contestó con aire displicente:

— ¡Oh, señor rey! No hagas caso de la gente que divaga en el absurdo. ¿Quién podrá construir un palacio entre el cielo y la tierra?

Al oír tales palabras el rey, dió un gran grito, descendió de su trono, sentóse en la alcatifa y principió a suspirar y a llorar por Haicar, diciendo:

— ¡Oh, infeliz Haicar, el conocedor de todos los secretos, el descubridor de todos los

misterios! ¡Ay de mí, que te he perdido a ti, que eras el más sabio de mi reino, el más prudente de mis súbditos! ¿Dónde encontraré otro como tú, Haicar, dónde te buscaré? ¡Ay de mí! ¿Por qué te maté? ¿Por qué te hice desaparecer a causa de las palabras de un joven necio, ignorante, sin valor, sin religión y sin juicio?

Dió rienda suelta a sus sollozos, y luego gimió el rey:

— ¡Ah! ¿Quién me hiciera el regalo de presentarte? ¿Quién me informara de que Haicar estaba vivo aún? Sería capaz de dar a quien tales noticias me trajera la mitad de mis bienes, la mitad de mi reino. Pero ¿cómo ha de suceder esto? ¡Haicar, Haicar! ¡Quién había de verte vivo y no había de quedar satisfecho de tus juicios y había de haberte traicionado! ¡Toda mi vida me pesará lo que hice! ¿Por qué te maté y no te di un plazo para defenderte?

El rey lloraba y gemía sin cesar.

* * *

Cuando el verdugo se enteró de la pesadumbre del rey por la falta de Haicar, se

fué a verle, se prosternó en su presencia y le dijo:

— ¡Oh, señor mío! Manda a tus esclavos que me corten la cabeza inmediatamente.

La desesperación de Senaquerib no tuvo límites...

— ¡Ay de ti, Abusomaic! — contestó el monarca —. ¿Cuál es tu culpa?

— Señor — contestó el verdugo —, todo siervo que no cumple las órdenes de su dueño, merece la muerte. Y yo he desobedecido el mandato de mi rey.

— ¿En qué me has desobedecido? — preguntó intrigado el soberano.

— Tú me mandaste, señor, que matara a Haicar el grande, y yo supuse que te habías de arrepentir de tal orden, porque era injusta, y le oculté en un lugar que nadie conoce; di muerte a uno de sus esclavos condenado al cadalso, en lugar de dársela a él, que aún vive. Si tú me lo mandas, te le traeré; si quieres, mátame; si lo merezco, perdóname.

— ¡Ay de ti, Abusomaic! — replicó el rey —. Te estás burlando de tu señor.

— No me burlo, señor — insistió Abusomaic —; te lo juro por tu felicidad y por tu vida: Haicar goza de perfecta salud.

Cuando el rey oyó las palabras del verdugo y se cercioró de que eran exactas, lleno de júbilo se levantó, abrazó a Abusomaic, y poco faltó para que se desvaneciera por la impresión recibida. Mandóle que trajera inmediatamente a Haicar, diciéndole, además:

— Siervo fiel: si estas palabras que me has dicho son verdaderas, te enriqueceré y elevaré tu condición sobre la de todos mis servidores.

Alejóse contentísimo el verdugo y se dirigió a casa de Haicar. Abrió la mazmorra,

bajó hasta donde estaba el desgraciado visir, y le halló alabando a Dios y bendiciéndole. El verdugo llamó a gritos:

—¡¡¡Haicar!!! ¡Ya te traigo consuelo! ¡Alégrate, regocíjate, disipa el temor!

Preguntóle Haicar la causa de tales regocijos, y el verdugo le contó todo cuanto había sucedido con motivo de la carta de Faraón; y después llevóle a la presencia real. Haicar estaba en el último grado de agotamiento; sus cabellos eran largos como los de las bestias salvajes; sus uñas, agudas y afiladas como las garras de las águilas; su cuerpo flaco, cubierto de polvo, sin color, consumido como una pavesa.

* * *

Cuando vió aquella figura el rey Senaquerib, se entristeció profundamente; levantóse y se arrojó al cuello de Haicar; le abrazó, le besó y lloró con él largo rato. Después exclamó:

—¡Gloria a Dios, que te devuelve a mi lado después de la muerte!

Le habló cariñosamente, le consoló y le dió excusas por lo que había hecho. Regaló

un vestido de honor al verdugo, le hizo grandes mercedes y le dió cuantiosos bienes.

— ¡Viva mi señor eternamente! — profirió Haicar con acento débil —. Lo hecho por mi sobrino es propio de hijos degenerados. Yo crié una palmera para apoyarme en ella, pero se ha torcido, se ha doblado y me ha tirado al suelo. Mas, señor, después que ya he vuelto a tu presencia, no te preocupe este asunto ni pases pesadumbre.

— ¡Alabado sea Dios — contestó el rey —, que se ha compadecido de ti y mirado por mí, y, sabiendo que eras víctima de la injusticia, te ha salvado y librado de la muerte! Ahora vete al baño, arréglate el cabello, córtate las uñas, múdate de vestidos, descansa durante cuarenta días, hasta que se reponga tu salud y vuelva el color a tu rostro; cuando pasen esos cuarenta días, ven a verme.

Y le regaló un riquísimo vestido de honor.

Haicar dió rendidas gracias al monarca y se marchó a su palacio, contento y alabando a Dios (¡ensalzado sea!).

Gran regocijo produjo su llegada entre las gentes de su casa, entre sus amigos y entre todos cuantos oyeron que vivía. Conforme el rey le había ordenado, descansó durante cuarenta días. Pasados éstos, vistióse sus más ricos trajes, montó a caballo y fué a ver al rey. Sus siervos iban delante y detrás, satisfechísimos por haber vuelto a su servicio.

Nadán, cuando vió lo que ocurría, fué presa del terror y del espanto más grandes, quedóse como estúpido, sin saber qué partido tomar.

Haicar llegó a la presencia del rey, quien le sentó a su derecha y le habló cariñosamente en estos términos:

— ¡Mi querido Haicar! Lee esta carta que nos ha enviado el rey de Egipto cuando supo la noticia de tu muerte. Nos ha vencido, nos trata con dureza, y muchos habitantes de nuestro territorio huyen despavoridos hacia Egipto por miedo al tributo que nos piden.

Tomó Haicar en sus manos la famosa carta, leyóla con tranquilidad, se enteró de su contenido y luego, sonriente, dijo al rey:

— No te preocupes, señor. Yo mismo iré

a Egipto, contestaré las preguntas de Faraón, le explicaré con comentarios estas cuestiones, te traeré todo el tributo que quiere imponernos él, recogeré a todos los fugitivos, y humillaré a tus enemigos, con la ayuda de Dios (¡ensalzado sea!), para exaltación de tu dinastía.

Ante tal afirmación el rey se alegró en extremo, y su oprimido pecho empezó a ensancharse. Hizo grandes honores a Haicar y nuevamente regaló al verdugo cuantiosos bienes.

Haicar pidió al rey un plazo de treinta días para reflexionar acerca de aquel asunto y preparar su solución. El rey se lo concedió muy gustoso.

* * *

Ya en su palacio, Haicar mandó a los cazadores que le trajeran dos pollos de águila, y ordenó a los tejedores de cáñamo que le hicieran dos cuerdas, cada una de mil codos de largo. Llamó a los carpinteros, y les ordenó que confeccionasen dos cajas grandes. Una vez que tuvo todas estas cosas, cogió a dos niños pequeños, el uno

llamado Benhual y el otro Tabsalim; cada día degollaba dos corderos y se los daba a comer a los aguiluchos y a los niños; montaba a éstos en lo alto de las aves, atándolos previamente, y amarraba una de las puntas de cada cuerda a las patas de un águila; las dejaba volar poco a poco, soltando cada día las cuerdas como diez codos, hasta que se acostumbraron y adiestraron. Al poco tiempo subían todo lo que las cuerdas permitían, y llegaban al vacío atmosférico, con los niños montados encima; entonces recogía Haicar las cuerdas.

Cuando vió que su intento se había perfeccionado, enseñó a los niños a que cuando se elevaran hacia el cielo, gritaran: «Acercadnos piedra, arcilla, cal, para que construyamos el palacio del rey Faraón, pues no podemos trabajar por falta de materiales.» No cesó Haicar de adiestrarlos hasta que supieron perfectamente lo que habían de hacer. Dejóles entonces y se fué a ver al rey, a quien dijo:

— Señor, ya he terminado mi obra. Dígnate venir conmigo para que veas algo maravilloso.

El rey acompañó a Haicar. Se fueron a

una planicie. Mandó el anciano traer las águilas y los niños; los ató y los soltó luego a la atmósfera todo lo alto que permitían las cuerdas. Los niños gritaron como les había indicado Haicar. Recogióles en seguida y los colocó en su sitio. Admiróse el rey, levantóse entusiasmado, besó a Haicar en la frente y le ofreció un magnífico vestido de honor, diciéndole:

— Vete en paz, ¡oh amigo mío y gloria de mi dinastía! Ve a Egipto, contesta a las preguntas de Faraón y véncele con el poder de Dios (¡ensalzado sea!).

Y se despidió de él.

Haicar, con un pelotón de caballeros, otro de infantes, los niños y las águilas, debidamente preparadas y ocultas, se dirigió hacia tierra de Egipto.

* * *

En cuanto hubo llegado encaminó sus pasos al palacio del rey Faraón. Así que los egipcios se enteraron de que Senaquerib enviaba un dignatario de su corte, fueron corriendo a informar a Faraón. Este mandó a

Senaquerib quedóse maravillado ante el ingenio del sabio visir Haicar.

unos cuantos servidores suyos que condujesen al extranjero a su presencia.

Entró Haicar ante Faraón, prosternóse con la humildad debida a los reyes, y habló así:

— Mi señor, el rey Senaquerib, te dirige su más respetuoso saludo, y me envía a mí, el más ínfimo de sus siervos, para que responda a tus preguntas y ejecute todo lo que tú quieras. Espero tus órdenes, una sola palabra tuya, para satisfacer tus deseos. Tú mandaste a pedir a mi señor el rey un hombre que te construyera un palacio entre el cielo y la tierra. Yo, con la ayuda de Dios (¡ensalzado sea!), y según tu designio ilustre, voy a construírtele; pero con esta condición: que recibiré por ello como honorarios las rentas de Egipto durante tres años, pues las promesas de los reyes son sagradas. Si me vences y mis manos y mi lengua no son capaces de llevar a efecto lo que me propongo, mi señor, el rey, te enviará el tributo que pedías; mas si yo contesto a lo que me preguntes, tú habrás de enviar a mi señor el tributo que te he indicado.

Admiróse Faraón de tales palabras y se quedó atónito de la facilidad de expresión

y de la dulzura de lenguaje que mostraba el extranjero, y le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

— Tu siervo se llama Abicam — respondió Haicar — y no es más que una hormiga en el reino de Senaquerib.

— ¿Pero tiene tu señor — replicó Faraón extrañado — personas de más altura que tú, hasta el punto de enviar una hormiga para que conteste a mis preguntas y hable conmigo?

— Espero en Dios (¡ensalzado sea!) — contestó humildemente Haicar, evadiendo la cuestión — que yo llevaré a la práctica tus deseos, señor mío, porque Dios siempre está al lado del débil para asombrar al fuerte.

Faraón mandó que preparasen a Abicam lugar suficiente donde alojar a sus soldados y su séquito, y le diesen cuantas cosas necesitase.

* * *

Pasados tres días, Faraón se vistió de púrpura y de escarlata y sentóse en su trono; sus grandes y visires en pie, con las

manos enclavijadas, permanecían inmóviles. Mandó venir a Haicar, convertido en Abicam, y le preguntó:

— ¡Oh, Abicam! ¿A quién me parezco yo, y a quién se parecen mis grandes y visires?

Abicam, sin vacilar, contestó:

— Tú te pareces al dios Bel, y los grandes de tu reino semejan sus sacerdotes y servidores.

— Vete en paz — le dijo Faraón admirado — y acude mañana a este mismo lugar.

Prosternóse Abicam ante Faraón y se alejó, como le ordenaba. El día siguiente volvió a la presencia del rey de los egipcios, el cual se había vestido de rojo, mientras que sus grandes dignatarios llevaban trajes blancos.

— ¡Oh, Abicam! — preguntó esta vez Faraón —: ¿A quién me asemejo yo, y a quién se parecen mis grandes?

— Tú pareces el sol — contestó sin titubear Abicam —, y tus servidores velas.

— Vete a tu posada — le ordenó Faraón — y vuelve mañana.

Al otro día Faraón mandó a sus nobles que se vistieran de blanco claro y él se ataviό con este mismo color. Sentóse en su tro-

no y dispuso que se presentase Abicam. Entró éste en el salón, prosternóse y esperó en pie. El rey preguntóle esta tercera vez:

— ¿A quién me parezco yo y a quién mis nobles?

— Señor — contestó rápidamente Abicam —, tú pareces la luna, y tus servidores y soldados son como los astros y las estrellas.

— Vete — le dijo Faraón — y vuelve mañana.

El cuarto día dispuso Faraón que sus grandes se pusieran vestidos de colores diversos, y él se vistió sólo de rojo. Sentóse en su trono y mandó que se presentase Abicam. Este esperó en pie, después de haberse prosternado a la entrada. Faraón le preguntó:

— ¿A quién me parezco yo, y a quién mis soldados?

— Tú pareces, señor — respondió Abicam —, el mes de Nisán, el de la primavera, y tus soldados y tus grandes, sus flores y galas.

Al oír esto Faraón se alegró profundamente y dijo:

— ¡Oh, Abicam! La primera vez me ase-

mejaste al dios Bel; luego, al sol, a la luna y al mes de Nisán, así como a mis nobles a sus flores y galas. Ahora te pregunto: Y tu rey Senaquerib y sus nobles, ¿a quiénes se parecen?

—Excúsame, señor—contestó Abicam—, de que nombre a mi rey mientras tú estés sentado en tu trono; si te dignas ponerte en pie, yo te diré a quién se parece mi señor y a quién se asemejan sus altos dignatarios.

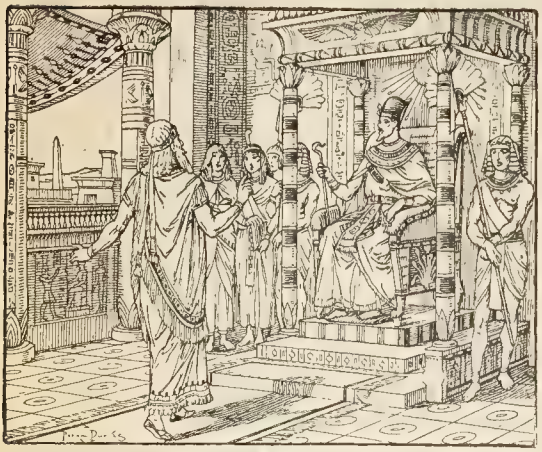
Quedóse Faraón atónito de aquella soltura de lengua y de aquel atrevimiento; pero se levantó del trono y se puso de pie delante de Haicar.

—Respóndeme — le rogó — para mayor brillo de tu señor: ¿a quién se parece él y a quién semejan sus grandes?

— Mi señor se parece — contestó con resolución Abicam — al Dios de los cielos; sus grandes dignatarios a la luz y a los rayos. Si él quiere, se levantan los vientos y cae la lluvia; si manda el rayo, ilumina la tierra; si lo dispone, el sol no da su luz, la luna y las estrellas no hacen su viaje nocturno, los huracanes se desencadenan y la lluvia cae a torrentes, destruyendo en un

minuto los encantos de la primavera y enterrando en el fango sus galas y flores.

Gran estupefacción y gran contrariedad



— Soy Haicar, el primer secretario del rey Senaquerib...

produjeron estas palabras en Faraón, que insistió aún:

— Dime la verdad: ¿Quién eres tú?

— Yo soy Haicar — afirmó —, el primer secretario del rey Senaquerib, su visir, el administrador de su reino, el confidente de sus secretos.

— Verdad serán tus palabras, sabio —

confesó Faraón —; pero nosotros hemos oído que Haicar había muerto, y ahora resulta que es falsa la noticia.

— Era cierta, señor — dijo Haicar —; pero gracias a Dios (¡el guardador de los misterios!), que no consintió pasara a mejor vida. Mi señor, el rey, mandó que me mataran, dando crédito a palabras de personas viles; Dios me libró de la muerte, como libra a todo el que confía en Él.

— Vete en paz — le ordenó Faraón —; vuelve aquí mañana, y me dirás palabras que nadie haya oído: ni mis grandes, ni los altos dignatarios de mi reino.

Marchóse Haicar a su posada, donde escribió una carta que decía así:

«De Senakerib, rey de Tor y de Nínive, a Faraón, rey de Egipto. La paz sea sobre ti, oh, hermano mío. Te hacemos saber que el hermano necesita del hermano, y los reyes tienen a veces necesidad los unos de los otros. Esperamos que nos prestes novecientos quintales de oro, que nos hacen falta para dar forraje a algunos de los caballos de nuestro ejército, y los hemos de gastar en ello.»

Plegó la carta, y el día siguiente se la entregó a Faraón. Asombro le causó su lectura, por lo cual exclamó:

— En verdad que jamás he oído palabras como éstas, y que nadie las ha pronunciado parecidas.

— ¿Luego confiesas, en verdad — replicó Haicar —, que debes esa suma a mi rey y señor?

Aceptó Faraón, y le dijo:

— Haicar, ¿quién hay tan útil como tú al servicio de los reyes? Alabado sea Dios que de tal modo ha perfeccionado tu ciencia, tu ilustración, tu filosofía y tu saber! Sólo queda ahora por satisfacer mi deseo de que me construyas un palacio entre el cielo y la tierra.

— ¡Oído y obedecido! — asintió humildemente Haicar —. Si Dios quiere, te construiré el palacio que deseas, y de la forma que te agrade; pero tú me has de facilitar cal, piedra, arcilla y peones. Yo dispongo de arquitectos que levantarán el edificio a tu completa satisfacción.

Preparó Faraón cuanto Haicar le pedía. Éste, con sus criados, se fué a un lugar espacioso: le acompañaban también los niños y las águilas. El rey estaba rodeado de sus grandes, de sus soldados y esclavos, que se apretujaban para presenciar aquella maravilla, tan grande, que los siglos no vieron otra igual.

Haicar sacó las águilas de las cajas, sujetó encima de ellas a los niños; amarró por las patas a las águilas, con las cuerdas que tenía dispuestas, y luego soltólas hacia la atmósfera. Las águilas se elevaron hasta colocarse entre el cielo y la tierra. Los niños comenzaron a gritar:

—¡Traednos piedra y cal! ¡Los peones están parados!

Todos los circunstantes se quedaron estupefactos, especialmente el rey y sus ministros.

Haicar y sus criados empezaron a urgir a los peones que había facilitado Faraón, y les gritaban:

—¡Llevad a los maestros lo que piden y no les hagáis perder el tiempo inútilmente!

—¡Oh, Haicar! — exclamó Faraón —. ¡Tú estás endemoniado! ¡Quién hubiera

podido sospechar que realizases tamaña maravilla!

— Señor - - replicó Haicar a Faraón —, ¿y quién hubiera sido capaz de levantar un palacio en el aire? Pero si mi señor, el rey Senaquerib, estuviese aquí, podría construir dos palacios en un solo día.

— Vete a tu posada, Haicar — ordenó Faraón — y descansa siquiera un día. Desisto de construir el palacio. Mañana ven a verme otra vez.

Cumplió Haicar el mandato, y el día siguiente se presentó de nuevo a Faraón, el cual le dijo:

— Haicar, ¿qué ocurre con los caballos de tu señor el rey Senaquerib? Cuando ellos relinchan en tierras de Tor y de Nínive, los oyen nuestras yeguas y se espantan.

Dejóle Haicar y se fué en busca de un gato; le ató y comenzó a darle una gran paliza, hasta que los egipcios oyeron sus maullidos. La gente fué a enterar al rey de lo que ocurría. Faraón mandó que hiciesen venir a Haicar, para preguntarle:

— ¿Por qué apaleas tan despiadadamente a ese gato?

— Señor — contestó Haicar —, me ha

hecho una cosa muy fea y ha merecido esa paliza.

— ¿Qué te ha hecho? — preguntó intrigado Faraón.

— Mi señor el rey Senaquerib me había regalado un gallo precioso que cantaba admirablemente y sabía las horas de la noche. Este gato maldito fué esta noche a Nínive, cortó la cabeza a mi gallo, y se ha vuelto tranquilamente.

— Esas son palabras de viejo chocho, Haicar — contestó chanceándose Faraón —. Entre Egipto y Nínive media una distancia de sesenta y ocho parasangas: ¿cómo ha podido ir el gato en una noche, cortar la cabeza del gallo y volverse a Egipto?

— ¿Y cómo, señor mío — replicó Haicar —, si hay tal distancia entre Nínive y Egipto, es posible que tus yeguas oigan los relinchos de nuestros caballos y se espanten de ellos?

Comprendió Faraón que Haicar contestaba a su pregunta, y queriendo aún probar su agudeza, le pidió:

— Quiero que me hagas dos cuerdas de arena del mar.

— Ordena — pidió Haicar — que me sa-

quen una cuerda del almacén para hacer otra igual.

Trajéronle lo pedido; se fué con ello al patio de la casa y cavó dos agujeros del grueso de la cuerda; tomó un puñado de arena del mar, y cuando salió el sol y entró en los agujeros, se moldeó la arena con el sol con la misma figura que tenía la cuerda. Entonces Haicar presentóse ante Faraón para suplicarle:

— Manda a tus siervos que cojan estas cuerdas, y te traeré todas las que quieras igual que ellas.

— Haicar — le dijo Faraón —, tenemos aquí una piedra de molino que se ha roto; desearía que tú la cosieses.

Volvió los ojos Haicar, y viendo allí cerca otra piedra, respondió a Faraón:

— Señor, yo soy aquí forastero y no tengo herramientas para coser. Te suplico que mandes a tus amigos los zapateros que me corten de esta piedra lezna, aguja e hilo para coser la muela del molino.

Rióse Faraón, comprendiendo que Haicar había dado una respuesta adecuada a su pregunta. Después, completamente satisfecho, se vió obligado a decirle:

— ¡Bendito sea Dios, que te ha dotado de tanta agudeza y sabiduría!

Mandó a sus magnates que reunieran la renta de tres años y se la entregasen a Haicar, junto con la deuda de los novecientos quintales de oro, que con él había contraído. Dió magníficos vestidos de honor a Haicar y a sus criados, y les proveyó de víveres para el viaje.

— Vete en paz — terminó —. Eres honra de tu señor y gloria de su dinastía. ¿Qué administrador de reyes y sultanes habrá semejante a ti? Presenta mis saludos a tu señor el rey Senaquerib y dile que no se ofenda por la mezquindad de nuestro obsequio, ya que los reyes saben contentarse con poco... cuando no hay más remedio.

Recibió Haicar los regalos; prosternóse ante Faraón, y le suplicó:

— Un último ruego he de hacerte, señor: que mandes que todos los hombres de Tor y de Nínive que viven en tierras de Egipto, salgan de tu país y se vengan conmigo.

Faraón ordenó que se pregonara lo que Haicar pedía, y así se hizo.

Por fin, Haicar se despidió del rey de Egipto y salió con dirección a tierra de Ní-

nive y de Tor. En su compañía llevaba tesoros y riquezas incalculables; miles de asirios le seguían.

* * *

Cuando Senaquerib tuvo noticia de la llegada de su antiguo visir, salió a su encuentro, y al verle, experimentó extremada alegría. Le besó en la frente y le dijo:

— ¡Feliz y bien venido seas, oh padre mío, honor de mi dinastía, gloria de mi reino! Pídeme lo que quieras, aunque sea la mitad de mi trono y de mis bienes.

— ¡Viva, señor, tu persona eternamente! — contestó Haicar —. Si quieres hacerme feliz, honra y distingue a Abusomaic el verdugo, porque a él tomó como instrumento la voluntad de Dios (¡ensalzado sea!) para darme la vida por segunda vez.

— Por honrarte a ti, amigo mío — asintió el soberano — le distinguiré a él pródigamente.

Luego principió a interrogarle sobre cuanto había ocurrido con Faraón: lo mismo respecto a las preguntas que a los casos

de magia; cómo adquirió los tesoros, vestidos y regalos que traía. Haicar se lo contó todo según había acaecido, y sus noticias produjeron a Senaquerib grandísima alegría. Después de largo rato de conversación, el rey ofreció a Haicar:

— Toma lo que te guste de cuanto traes, pues todo está en tus manos.

— ¡Viva mi señor eternamente! — le contestó Haicar —. Yo no quiero sino tu felicidad y la perpetuidad de tu dinastía. ¿Qué voy a hacer yo con el dinero y con los demás objetos que traigo? Pero si es tu voluntad hacerme algún obsequio, entrégame la persona de mi sobrino Nadán, para que yo le recompense por la acción que me hizo; pero querría que me dieras su vida por completo.

— Tómalo, ya te lo he dado — afirmó el rey.

Haicar se apoderó de su ingrato sobrino y se lo llevó a su casa. Ya en ella, le habló de esta forma:

— Has sido un ingrato devolviéndome mal por bien y pidiendo que me matasen para poder tú seguir una vida desordenada. Has sido para mí como la perdiz enjaulada, que no puede salvarse a sí misma y sirve de

reclamo para que sean cazadas sus compañeras.

Tu vida está en mis manos: el rey me la ha concedido. Podría ordenar que te diesen

Haicar perdona a su ingrato sobrino.

muerte para que así purgases tus perversas acciones; pero entonces seríamos iguales. Voy a perdonarte y a concederte mi afecto y la amistad del rey. Mas no seas como el perro vagabundo que, cuando está helado de frío, se mete en casa del alfarero para calentarse, y cuando ya lo ha conseguido,

comienza a ladrar al dueño hasta que le arroja a puntapiés.

Nadán agradeció a su tío la lección, y en adelante fué un hombre bueno y honró a su patria.

LA INJURIA DEL BRAHMAN

En el pasado remotísimo, hace siglos innumerables, había cinco ermitaños que vivían en abruptas montañas rodeadas por bosques inaccesibles. Cuatro de ellos eran los maestros, y el quinto el discípulo y criado. Éste se preocupaba de procurar a los cuatro las cosas que necesitaban, y de tan escrupulosa manera cumplía su cometido, que nunca incurrió en la más pequeña falta. Recogía las frutas que los árboles producían y traía el agua necesaria, únicas provisiones que la vida frugal y austera de los ermitaños exigía.

Cierto día, habiéndose ido lejos a buscar frutas y agua potable, se durmió, abrumado por la fatiga, y no volvió a tiempo al lugar donde sus señores le esperaban. Pasó la hora del mediodía y los cuatro ermitaños se hubieron de quedar sin comer; esto les

causó gran enojo y, llevados de la ira que el hambre les produjo, dijeron a su criado cuando volvió:

— ¿Cómo puedes faltar así a tu obligación? Puesto que tal es tu conducta, vendrás a ser un mago perverso y pertenecerás a una familia indigna.

Pena profundísima causaron estas palabras al infeliz criado. Sintiéndose maldito por sus santos señores y maestros, se retiró, avergonzado, de su presencia; ocultóse en el lugar más sombrío de la selva y, tras de andar horas y horas por los más abruptos peñascales, sentóse a la orilla de un riachuelo, de forma que uno de sus pies sobresalía hasta tocar casi el agua. Sumido en sus amargas reflexiones, no cesaba de hacerse reproches, diciendo:

— Después de haberme sacrificado continuamente durante muchos años he venido a perder todos mis méritos: he faltado a mi obligación de servir la comida en su hora a los santos ermitaños, he desobedecido los mandatos de la sabiduría, he obrado en disconformidad con las cuatro maneras de obrar bien.

Y tanto se emocionó, tanto insistió en el

mismo pensamiento fijo, tanto se ensimismó, que ni comía, ni bebía, ni se movía del lugar en que se sentara. Al fin, naturalmente, hubo de morir. Llevaba los pies calza-

Sentado a la orilla del río, el criado comenzó a meditar.

dos siempre con unos zuecos hechos de siete sustancias preciosas; y como, al sentarse en la orilla del río, tenía uno de sus pies tocando el agua, perdió uno de los zuecos preciosos, que cayó al río y se sumergió, arrastrado por la corriente.

Después de haberse acabado así su vida,

el criado de los cuatro ermitaños volvió a nacer entre los herejes, siendo hijo de un mago perverso; cumplióse, pues, la profecía de sus antiguos maestros. Creció y llegó a los diez años de su edad, y estaba un día jugando con otros chiquillos, sus compañeros, a la orilla del camino real, cuando acertó a pasar un brahmán, que se fijó en los niños mientras jugaban. Eran muchos: como un hormiguero se revolvían atrás y adelante en su juego; jadeaban de tanto correr y, sin embargo, no daban tregua ni descanso. El brahmán los contemplaba con gran interés y con profunda simpatía. Observaba cuidadosamente los movimientos de cada niño, y se quedó atónito al fijarse en el hijo del mago perverso: mostraba, ante los sabios ojos del brahmán, indicios de alta dignidad, tan alta, que aquel niño, que ponía todo su afán en el juego, sin preocuparse de nada que no fuera su diversión, estaba predestinado a ser rey. Esto lo veía el brahmán en los rasgos salientes de la fisonomía, en su aspecto superior al de los otros niños.

No pudo contenerse mucho tiempo el brahmán, y llamó a aquel niño aparte, con

objeto de hablarle. Trabajo costó que el rapaz abandonase su juego.

— Veo en ti indicios — le dijo de sopetón el brahmán — de que serás rey. No debes mezclarte en los juegos turbulentos de la plebe.

El chiquillo se echó a reír, y no se marchó a engolfarse de nuevo en su juego porque el brahmán le retuvo, cogiéndole del brazo.

— Tú serás rey, tú serás rey — repetía, cada vez más serio y grave, el brahmán.

— Si soy hijo de un mago perverso — respondió el rapaz —, ¿cómo voy a tener señales de ser rey? ¿Qué indicios son éstos?

— Según nuestras reglas santas — replicó el brahmán —, tu cara y tu aspecto exterior concuerdan exactamente con los diagramas de nuestros libros de predicciones, y, por tanto, *tú debes ser rey* (y recalcó estas últimas palabras). Piensa bien en lo que voy a decirte, palabras verdaderas y no engañosas: Pasados diez años y diez días, el rey de este país morirá y, ciertamente, tú le sucederás en su alta dignidad.

Tal insistencia puso el brahmán en sus afirmaciones, tal acento de seguridad supo

dar a sus palabras y a su gesto, que el niño acabó por creerle.

—No divulgues esto—dijo al brahmán—; pongámonos de acuerdo para guardar el secreto. Si las cosas ocurren como tú predices, yo sabré mostrarme agradecido a tu beneficio y no seré nunca orgulloso contigo.

El brahmán se despidió del chiquillo, se alejó de aquellos parajes y tomó su ruta para ir a otro reino; el chiquillo, olvidando la conversación tenida con el brahmán, se volvió a enfrascar en el juego con sus compañeros.

* * *

A los diez años y diez días justos moría el rey de aquel país, sin haber dejado herederos. Los ministros del rey difunto se reunieron en Consejo y deliberaron: se invitó a todos los hombres prudentes del reino a que vinieran, para elegir rey entre ellos; mas no se pusieron de acuerdo.

— Un reino sin soberano — se dijeron — es lo mismo que un hombre sin cabeza; es preciso enviar sin tardanza emisarios por todo el país, para que busquen una persona virtuosa a la que sentemos en el trono.

Y los emisarios se repartieron en las cuatro direcciones. De lejos vieron a aquel joven, hijo del mago, que tenía todo el aspecto de un hombre extraordinario; y uno de ellos volvió a toda prisa a informar a los ministros y notables, reunidos en Consejo, de lo que habían visto y a rogarles que fueran a buscar al mozo con todo el ceremonial debido a un rey y con el aparato prescrito por la ley. Los ministros y los funcionarios todos saltaron de alegría al ver resuelto el grave problema que les preocupaba, y, conforme habían pedido los emisarios, fueron a buscar al mancebo con un equipaje imponente. Se le bañó en agua perfumada; se le dieron vestidos de corte de las cinco estaciones (1); se le cubrió la cabeza con un turbante precioso, y se le entregó la espada y el cinto, conforme a lo que se usaba con el rey anterior. Guardias le precedieron y le seguían, escoltándole; y en todo se siguieron literalmente los estatutos del reino. El mancebo subió, pues, al

(1) Las cuatro estaciones y la estación de las lluvias.

trono; sentóse en la cámara principal y, vuelto hacia el Sur, dió sus decretos. Todo el país gozó de tranquilidad y el pueblo sentíase alegre y contento.

A todo esto el brahmán, desde el país lejano por donde peregrinaba, observando los signos celestes por arriba y considerando abajo la disposición de la tierra, reconoció que el niño a quien él hablara, sacándole de sus juegos, había obtenido la sucesión en el trono. Sin perder un instante, volvió sobre sus pasos y se dirigió al palacio del nuevo rey. Apenas llegó a la puerta, pidió licencia para ver al monarca. El guardián fué a anunciar al soberano:

— Hay afuera un brahmán que pide ver a mi señor el rey.

Este dió orden de que dejara al brahmán entrar a su presencia. Pasó el brahmán; y después de haber dado gracias por medio de predicciones y de haber hecho votos por medio de fórmulas mágicas, habló así al monarca:

— Ahora que ves realizado lo que yo te predije, ¿estás dispuesto a cumplir verdaderamente el juramento que en otro tiempo hiciste?

Le recibieron lo mismo que si fuera un rey.

— En verdad, oh religioso — contestó el rey — que tienes una perspicacia sobrenatural; gracias a tu benéfico influjo, he logrado yo esta felicidad. ¿Deseas, oh brahmán, que te dé la mitad de mi reino y que parta contigo mis tesoros de perlas y de objetos preciosos? Esposa, esclavos, carros, caballos, todo lo que quieras tendrás.

— No deseo nada de esto — replicó el brahmán —; sólo tengo dos deseos, que te expondré, si me lo permites: el primero, es que para comer y para beber, para andar y para detenernos, para vestirnos, para acostarnos y para levantarnos, tú y yo, oh rey, estemos de acuerdo y nos esperemos el uno al otro; el segundo, es que yo participe contigo en las deliberaciones acerca de los negocios del reino, que toda decisión sea tomada previo acuerdo entre los dos y que ninguno de nosotros obre por su sola autoridad.

— Muy bien — contestó el rey —. ¿No es cosa fácil tener en cuenta estos dos deseos y conformarme con ellos?

El rey se puso a gobernar su reino; observaba siempre la ley rectamente y jamás hizo injusticia a nadie del pueblo. Pero el

brahmán, que recibía sus beneficios, sintió nacer en su alma el orgullo por esto, y trataba con desprecio a los más altos funcionarios. Los ministros, irritados por tal conducta, fueron a presentar al rey sus quejas, diciéndole muy resentidos:

- ¡Oh, poderoso rey! Tu dignidad está elevada a un rango que excede con mucho al que nuestras humildes personas podrían alcanzar. A tu presencia no pueden llegar sino los más altos ministros, que son los más expertos en los negocios del Estado. Y nosotros, aunque te queremos servir, no lo conseguimos, pues no tienes confianza sino con un desgraciado mendigo, que se ha infatuado con la confianza en él depositada por tu augusta persona, y que menosprecia y hasta ultraja a tus más leales servidores, a los más altos dignatarios de la corte. Es nuestro deber prevenirte de que si los reinos vecinos se enteran, darás ocasión a que se burlen de ti, y no te extrañe que lleguen a atacarte por la fuerza de las armas.

El rey los escuchó atentamente, y con tono suave, alejado de toda idea de reproche, les contestó:

— Yo soy la primera víctima de esta asi-

duidad que vosotros lamentáis. Pero... cuando yo era niño, hice a este hombre, cuya conducta reprocháis, un juramento de tenerle presente siempre, de hacerle partícipe en el gobierno de la nación: ¿cómo habré de violar esta palabra?

– No, no es preciso que violentes tu inclinación — le continuaron diciendo los ministros —; acaso baste con que un día no lo esperes, para que él cambie de conducta.

El rey, a quien preocupaba grandemente el alejamiento de sus más celosos ministros, acabó por consentir a esta insinuación. Pasados unos días, acechó el momento en que el brahmán había salido de palacio, y por primera vez, sin esperarle, mandó que le sirvieran la comida. Creía haberse quitado un peso de encima. Pero el brahmán volvió sin tardanza, y al ver que el rey comía solo, se encolerizó y le dijo con malos modos:

— ¿Qué significa nuestro antiguo convenio? ¿Cómo te atreves a burlarlo y a prescindir de mí, a comer antes que yo?

— Es verdad – contestó el rey, avergonzado y confundido — que me he puesto a la mesa antes que tú. Como saliste y no vol-

vías... Pero he preparado otra mesa para que tú comas, no creas que mi ánimo era dejarte en ayunas. Es que has venido un poco tarde...

Pero el brahmán, furioso cada vez más, no pudo o no supo contenerse, y lanzó al rey esta terrible injuria:

— Tú eres hijo de un mago perverso: por tanto no es extraño que no conozcas la justicia y que no cumplas tu antiguo juramento.

Todos los ministros, al oír aquellas palabras injuriosas, al ver ultrajado en su misma presencia al soberano, sintieron como propio el agravio inferido a su rey, y aprovecharon aquella oportunidad para castigar al insolente brahmán, que tantos desprecios les había hecho.

— ¡Señor! — dijeron al rey —, este hombre te ha ofendido gravemente, y según nuestras leyes, debe morir. Ha pagado con una injuria toda la amistad que tú le dispensabas.

— Efectivamente — contestó el monarca —, este hombre debe morir: yo os ruego que me digáis qué clase de castigo es el conveniente a su crimen.

Cada uno de los ministros fué dando su opinión.

— Yo entiendo — dijo uno — que debe morir haciéndole cocer a fuego lento en una vasija con agujeros.

— Mi opinión es — expuso otro - que se le debe matar, haciéndole hervir en una gran caldera.

— No — repuso un tercero —; deben machacarlo en un mortero.

- Creo - dijo por fin otro — que su crimen es tal, que merece que le apliquen los cinco suplicios, que le corten las orejas, que le arranquen la lengua, que le saquen los ojos.

El rey oyó apenado aquella serie de castigos terribles a que se había hecho acreedor el brahmán; pero, recordando los buenos servicios que le había prestado, resolvió salvarle y habló así a sus ministros:

— Razón lleváis en pedir para este infeliz pecador un castigo grande y ejemplar, proporcionado a la culpa que ha cometido; pero yo soy hombre que observa las reglas religiosas; mi corazón es compasivo y misericordioso para toda clase de seres. No sería capaz de hacer daño ni siquiera al

más asqueroso reptil; mucho menos me atreveré a quitar la vida a un hombre, aunque sea de tan mala ralea como este brahmán. Yo me limitaré a arrojarle de mi presencia, a expulsarle del reino, con absoluta prohibición de volver a él. Pero como quiero pagar con bienes el mal que me ha hecho, mando a mi tesorero que provea a este hombre de todo lo que necesite para su largo viaje.

Dichas tales palabras, se retiró, dejando absortos a los ministros ante un rasgo tan lleno de misericordia.

* * *

El tesorero del rey proveyó al brahmán de vestidos y de granos para el viaje, cumpliendo las órdenes del soberano. Después, los oficiales de la guardia le hicieron salir del reino. Era el lugar donde lo dejaron abrupto y solitario; y desde allí hubo de emprender el infeliz brahmán un largo camino, lleno de toda clase de peligros. Días y días hubo de andar por vericuetos, en donde no veía sino feroces alimañas; unas veces, el calor le abrasaba; otras veces,

despertaba aterido de frío y entumecidos sus miembros, en las grutas que le servían de refugio durante la noche. Agotadas sus fuerzas, consumido de pena, casi casi ni forma humana conservaba cuando llegó a un lugar donde vivía cierto brahmán anciano, con quien había tenido amistad hacía mucho tiempo.

Cuando se le presentó y éste le hubo reconocido, le preguntó:

— ¿De dónde vienes? ¿Qué conocimientos has adquirido desde que nos separamos? ¿Al estudio de qué reglas te has consagrado? ¿Podrás contarme lo que has aprendido?

— Vengo de lejos — contestó con pena el brahmán —, de muy lejos; he sufrido el tormento del hambre y la mortificación del frío; he estado en la más espantosa miseria, de cuerpo y de alma, y he olvidado lo que sabía.

El anciano entonces pensó: «Todo lo que este hombre sabía, lo ha dejado olvidar. Es incorregible. No servirá más que para trabajar en el campo.» Y le dió un esclavo, un arado y un buey para que labrase la tierra.

Dura fué esta prueba para el brahmán,

acostumbrado a mandar en la corte y a ver cumplidos sus caprichos más insignificantes. Se puso a la tarea de labrar la tierra, con el alma llena de amargura; y el escla-

Descargó su mal humor en el pobre esclavo...

vo fué la víctima de su mal humor: le abrumaba de trabajo, le hacía igualar los surcos, corriendo tan pronto a un lado como a otro; no le dejaba momento de sosiego, castigándole, si se descuidaba, con tremendas palizas. Y así un día, y otro, y otro; el infeliz esclavo no pudo resistir más aquella penosa vida que arrastraba, y, desespera-

do, decidió arrojarse al río en busca de la muerte y del descanso.

Al llegar a la orilla del río, se encontró un zueco que estaba construído con siete sustancias preciosas. Cogióle, examinó detenidamente aquella prenda, que juzgó de extraordinario valor, y pensó:

— Si doy este precioso objeto a mi antiguo dueño, el anciano brahmán, éste no me hará bien alguno, pues se desprendió de mí; si se lo llevo a mi padre y a mi madre, lo tendrán que vender para procurarse el sustento. Si se lo doy a mi dueño actual... El es muy duro para conmigo, es cierto, y me abruma de trabajo que no puedo resistir; me trata con altanería y con orgullo, abusa de mí, es verdad. Pero si le hago un regalo de tan gran valor como éste, ¿no se ablandará su corazón y me tratará con más benevolencia?

Y, abandonando la idea del suicidio, volvió sobre sus pasos, se presentó a su dueño, el brahmán expulsado de la corte, y le ofreció el zueco hecho de las siete sustancias, que se había encontrado a la orilla del río. El brahmán alegróse mucho al verse en posesión de tan preciosa alhaja. Ni si-

quiera se preocupó del esclavo; pensando en sí propio, dijo: «Este zueco, hecho de las siete sustancias preciosas, tiene un valor inestimable. Yo caí en el enojo del rey, pero si le ofrezco esta alhaja, es posible que mi falta sea olvidada y que obtenga el perdón.»

Atravesando territorios abruptos y montañosos, habitados sólo por animales dañinos; desafiando las lluvias, los vientos, el frío y el calor; alimentándose de raíces y de hierbas; sin más compañía que la del zueco famoso, el brahmán volvió a la corte del rey que había sido su amigo y su compañero. Sin gran dificultad pudo llegar a la presencia del soberano.

— ¡Señor y amigo! — le dijo, prosternándose a sus pies —. He expiado bien duramente el pecado gravísimo que cometí. Desde mi salida de tu reino, todas mis horas han sido tristes; he pasado hambre, he sentido las inclemencias del frío y del calor; he tenido que labrar la tierra para no morir en la miseria. Mi castigo ha sido tan terrible, como espantoso fué mi crimen. Espero, señor, merecer que me perdones: hablo a un corazón magnánimo; muestra una vez más tu piedad para con los desgracia-

dos. No puedo ofrecerte, aparte de mis sufrimientos, otra cosa mejor que esta alhaja hecha de las siete sustancias preciosas...

Y sacó de su seno el maravilloso zueco de las siete sustancias. El rey quedó deslumbrado por el brillo y la hermosura de la alhaja; pero fué prudente en prometer al brahmán, y se limitó a hacerle entrar en una cámara secreta, mandándole que estuviera sentado en lugar aparte. Reunió luego a todos sus ministros y oficiales, y les preguntó:

— ¿Os acordáis de aquel brahmán que me ofendió gravemente, y a quien expulsé del reino?

— Sí, señor, nos acordamos — le respondieron.

— ¿Le habéis visto después de la expulsión?

— No, jamás le hemos vuelto a ver.

— Y en el supuesto que le vieseis otra vez, si él se presentara y se pusiera en nuestras manos, ¿qué habría que hacer con él?

El brahmán oía todo desde su escondite.

Los ministros respondieron en tropel, como si en sus almas renaciera la vieja pa-

sión, «que era preciso cortarle las manos al criminal, y los pies, y las orejas, y la nariz; que habría que decapitarle, o dividir por medio su cuerpo, o aplicarle los cinco suplicios».

— Pero si vosotros le viseis — preguntó el rey —, ¿le reconoceríais?

— Señor, no le reconoceríamos —, contestaron.

Entonces el soberano sacó el zueco precioso y lo mostró a sus ministros; después mandó salir al brahmán para que todos le viesen, y dijo:

— Puesto que este brahmán me ha traido esta joya maravillosa, es preciso perdonarle su falta.

A lo cual contestaron los ministros:

— Este brahmán cometió un crimen grande como una montaña, inmenso como el mar, y su falta no podría perdonarse. La ofrenda que hace de un solo zueco no puede considerarse como reparación suficiente. Si encuentra la pareja, entonces su falta podrá ser borrada.

El rey aprobó esta opinión, y dijo al brahmán:

— Sal otra vez de nuestros dominios; ve-

te lejos, lejos, y busca el zueco que forma pareja con éste. Cuando le traigas, tu falta será perdonada.

* * *

El brahmán quedó desolado. «Cuando yo pensaba encontrar la tranquilidad — decía para sus adentros —, veo que de nuevo me imponen más trabajos; habré de volver a aquel inhospitalario país, de donde creí haberme podido escapar, y nunca tendré la seguridad de poder encontrar lo que me piden.» Y partió de nuevo. Anduvo días y noches por vericuetos y caminos solitarios, hasta llegar al refugio donde moraba el brahmán viejo.

—¿De dónde vienes? — le preguntó éste con sequedad.

El maltrecho y fatigado viajero no se atrevió a decirle lo que pasaba y le contestó con una evasiva. El viejo se limitó a darle el arado, el buey y el esclavo, y de nuevo le encargó que hiciera faenas del campo, que labrara y sembrara. El brahmán reanudó las tareas.

Pasados unos días, preguntó al esclavo:

—¿Dónde te encontraste el zueco aquél que me diste?

El esclavo fué con él a enseñarle el lugar donde estaba la joya. Llegaron a la orilla del río, y por más que revolvieron no pudieron encontrar el otro zueco. El esclavo se cansó de buscar y se marchó; el brahmán prosiguió en su intento. Horas y más horas estuvo metido en el agua, registrando minuciosamente todos los rincones, sin el menor resultado. Pensó que el zueco primero debió haber venido hasta allí arrastrado por la corriente, y por tanto, creyó inútil seguir buscando allí ni más abajo. Remontó el curso del río, examinando cuidadosamente su fondo, y cuando llevaba bastante tiempo en aquella exploración, vió en medio del agua una flor de loto, que seguía el curso del río y se remolineaba movida por la corriente: era una flor grande y hermosa, con más de mil pétalos.

Creyó el brahmán que, aunque no tuviese la suerte de encontrar el zueco precioso, si ofrecía al rey aquella maravillosa flor, acaso lograra el perdón de su falta, y recobraría el favor real. Acercóse, cortó la flor, y se

apoderó de ella. Entonces vió a cuatro ermitaños sentados al pie de un árbol.

Viejos, muy viejos, de aspecto venerable, eran los ermitaños, aquellos mismos a quienes servía el mancebo que no les llevó a tiempo la comida, el que murió de pena, y el que luego había sido rey en su nueva generación. Acercóse el brahmán al lugar donde estaban, prosternóse en su presencia y les preguntó si sus santas personas gozaban de las diez mil felicidades. Contestáronle con suma cortesía y agradecieron su saludo, diciéndole después:

—¿De dónde vienes?

—Yo vengo — les respondió — de un país lejano. En él vivía feliz y considerado por el rey; pero cometí una falta grave para con él, que era mi amigo; incurrí en su enojo y en el de sus ministros y me desterró. Después de algún tiempo volví a ofrecerle una joya maravillosa, un zueco, formado de las siete sustancias preciosas, esperando lograr su perdón y el olvido de mi falta; pero los ministros le aconsejaron que me hiciera presentarle el otro zueco, pareja de aquél. Y como el primero lo encontré allá abajo, en el fondo de estas mismas aguas,

por eso vengo varios días río arriba buscando, buscando, aunque infructuosamente, la preciada alhaja.

El más anciano le habló así:

— Tú eres un hombre instruído y debías,

Al pie de un árbol frondoso yacía el antiguo cuerpo del rey...

mejor que otros, saber la manera de conducirte en la vida. El rey de ese reino que hablas fué nuestro discípulo; con nosotros vivía y a nosotros servía, y bien le conocimos. El te trataba con cariño y con estimación; contigo comía, se sentaba, se levan-

taba, y a todas sus deliberaciones asistías tú como su colega. ¿Por qué cierto día le injuriaste, llamándole hijo del mago perverso? Tu falta es gravísima y has debido ser condenado a muerte; pero ya nadie te pedirá cuenta de ella.

El brahmán estaba confundido, sin atreverse a levantar la vista del suelo. El ermitaño le indicó con la mano un sitio, diciéndole:

—¡Mira!

El brahmán dirigió hacia allí la vista. Al pie de un árbol frondoso yacía el antiguo cuerpo del rey, el que tenía cuando era criado de los venerables eremitas, cuando les preparaba la comida, cuando se había sentado teniendo un pie en el aire, cuando se había muerto por la intensidad de su emoción, cuando uno de los zuecos preciosos que calzaba había caído al agua: el otro zueco estaba todavía en su pie.

Acercóse el brahmán y recogió el precioso objeto. Luego prosternó su cara contra la tierra delante de los santos ermitaños y les pidió perdón por su falta. Y se alejó, para dirigirse a la presencia del rey y ofrecerle la joya maravillosa.

—Señor—le dijo, cuando llegó a su presencia—, aquí tienes la alhaja que me has enviado a buscar, y aquí está mi persona, que pide otra vez tu amistad, sin condiciones. Cometí grave delito, es cierto, pero bien duramente lo he expiado.

El rey quedó muy satisfecho, y otorgó de nuevo su confianza al brahmán, ya que la animosidad de los ministros había desaparecido; el brahmán volvió a disfrutar de todas las dignidades que en otros tiempos había gozado.

LA CIUDAD SEPULTADA

Cuentan las historias antiguas que en la región de Lu-Liu (Roruka) gobernaba el rey Udasena. Era hombre de gran inteligencia, de aguda perspicacia, de mucha discreción. Su esposa se llamaba Laksanavati: no había en todo el país una mujer más bella, ni tampoco más virtuosa; tal era el encanto de su conversación, tales sus dotes de habilidad para las labores, tal su cultura y conocimiento de las letras humanas y divinas, que su pueblo la idolatraba, y más que nadie, su esposo, el rey.

Era costumbre ordinariamente seguida en el país que el rey no tocase el laúd; pero Laksanavati, segura de que su esposo no sabría negarle nada que le pidiera, le rogó una vez:

— Señor y esposo mío, deseo que me obsequies con una sesión de música; dígnate

regalar mis oídos con el dulce sonido del laúd. Yo, en cambio, danzaré, y espero que mi danza te sea agradable.

El rey vaciló al principio, pues no quería romper la tradición; pero ante la insistencia de su esposa, hubo de ceder a sus escrúpulos. Tomó un magnífico laúd, que él mismo había hecho de maderas delicadas; templó las tersas cuerdas, por él mismo fabricadas con tripas de cachorro de león; puso en tono la prima, que era de color amarillo y simbolizaba la bilis; luego la segunda, teñida de color rojo vivo, símbolo de la sangre; después la tercera, blanca como la leche, que significaba la flema; la cuarta, de color carmesí, alma del instrumento; por fin, el bordón, negro como la noche, figura de la melancolía. Y una vez que tuvo afinado el magnífico laúd, pulsó con su plectro de madera de áloe las cuerdas, y desgranó una suave melodía, tranquila y melancólica.

La reina se levantó, y con la misma unción con que danzaría una sacerdotisa ante el altar, empezó a trenzar con sus lindos pies figuras agradables, hasta llegar a embelesar a su augusto esposo, única persona

digna de presenciar aquella escena propia de los dioses.

De pronto calló el laúd; el rey dejó de tocar y lanzó un grito estentóreo, desvane-

La reina comenzó a bailar ante su augusto esposo...

ciéndose sobre el rico almohadón que le servía de asiento. La reina, alarmada, se acercó a auxiliarle, y antes que ella hubiera podido gritar pidiendo socorro, el monarca recobró sus sentidos y se puso a llorar amargamente.

—¿Qué te sucede, esposo mío? —pre-

guntó la reina —. ¿Por qué lloras con tanto desconsuelo? Ya sé que he abusado de tu bondad y que tú, por ceder a mi capricho, te has dignado tocar el laúd en esta cámara apartada. He procurado poner en mi danza toda mi habilidad para que tu augusta persona encontrara algún entretenimiento. Pero yo no pensaba disgustarte hasta el extremo de que llores por mi culpa; dime, ¿cuál es la causa de tu llanto?

— No entenderías, querida esposa mía, la causa de mis lágrimas — respondió el rey, sin dejar de sollozar.

— Acaso lleves razón, señor y dueño mío — replicó la reina —. Pero yo te sirvo sinceramente; y si he cometido alguna falta, estimaré que me des un consejo para no volver a incurrir en ella.

Y la reina redobló sus instancias, suplicó, rogó con sus más suaves palabras, pidió con sus más dulces sonrisas, hasta que, por fin, su soberano esposo la contó la causa de su actitud con estas palabras:

— ¿Cómo habría yo de cambiar mi conducta con mi amable esposa? No atribuyas mi silencio a falta de confianza. Es que algo terrible tengo que decirte. Cuando lle-

vabas un rato danzando he visto claramente los pronósticos de tu muerte. Creo que no te quedan más que siete días de vida, si mi ciencia de la adivinación no falla. Ahora no te extrañará que, al ver claros estos pronósticos en los movimientos de tu danza, haya estado a punto de morir de dolor.

La bella y graciosa Laksanavati quedó atónita al oír tal confesión. Ni por un momento puso en duda la ciencia de su esposo; ni por un instante vaciló en considerar cercano el fin de su vida mortal. Llena de tristeza y de temor, buscó en su piedad lenitivo a su desgracia, y habló al rey, diciéndole:

— Como acabas de decirme, oh rey y dueño mío, mis días no serán largos, ya están contados. Pero he oído afirmar a la religiosa Zaila que si una persona con corazón creyente puede entrar en religión, aunque sea en el espacio de un día nada más, logrará nacer a la otra vida en la morada feliz de los bienaventurados. Deseo por esto entrar en religión, y para ello te ruego, señor y esposo mío, que me concedas tu autorización. En cuanto me des permiso, me pondré en camino sin tardanza.

El rey estaba emocionado. En su alma se desarrollaba tremenda lucha: de un lado, el amor a su esposa, tan bella, tan graciosa, tan inteligente; la buena compañera de sus días felices, le detenía en dar la autorización para perderla definitivamente. De otra parte, la seguridad de los pronósticos fatídicos, infalibles, que la mostraban en el séptimo día siguiente muerta, como una rosa de te pálida y delicada a quien hubieran cortado de su tallo. Después de largos momentos, llenos de ansiedad, el rey se decidió a hablar:

— Te irás al monasterio, esposa mía — la dijo —, puesto que tal es tu destino; pero sólo será esto al comienzo del día sexto. Concédeme el beneficio de tu presencia, de tu voz, de tu cariño durante estos días, que serán los últimos que vivamos juntos en nuestra existencia actual.

Llegado el día sexto, el rey dijo a su esposa:

— Si persistes en tu primer propósito de retirarte del mundo a un monasterio; si quieres poner de relieve una vez más tus nobles sentimientos, no he de ser yo quien lo impida. Sólo te pongo una condición: que

cuando, después de tu muerte, hayas alcanzado el grado de los devas (bienaventurados), no dejes de venir a verme.

— Puedes confiar — respondió la esposa con serenidad — en que si yo tengo la dicha de llegar a tan alta condición, satisfaré tu deseo y tendré el placer de venir a verte alguna vez.

Besó luego la tierra delante del rey, despidióse de sus hijos, de sus criadas, de toda la servidumbre de palacio, y con pie firme empezó a bajar la hermosa escalinata y se alejó del trono, dirigiéndose al monasterio. El soberano y todos los presentes no pudieron contener las lágrimas al ver salir a Laksanavati, tan bella, tan graciosa, en dirección a la muerte; solamente ella no vacilaba, ni temblaba, ni tenía temor alguno. Pensaba en la resurrección, en otra vida más feliz y dichosa que la mortal.

* * *

Los fatídicos pronósticos del rey Udasena se cumplieron. Apenas Laksanavati llevaba un día de vida en el monasterio donde se recluyera, la acometió un dolor al vientre

que en pocas horas cortó el hilo de su existencia mortal. No había tenido tiempo de practicar las virtudes de los monjes; pero por haber sacrificado tan abnegada y resueltamente su libertad y haber renunciado a las comodidades y placeres de su estado real, obtuvo el grado de deva, o sea la bienaventuranza.

Poco tiempo después el alma de Laksanavati quiso cumplir el juramento que hiciera al rey, su esposo, de visitarle, una vez que hubiera llegado a la mansión de los devas. Una noche, mientras todo en palacio dormía, siguiendo el ejemplo del rey, la reina difunta se presentó en medio de las tinieblas. Atravesó patios, ventanas y puertas, hasta llegar a la rica cámara donde el monarca reposaba, acostado en cómodo lecho. De pronto, un intenso resplandor iluminó la cámara real, y el rey despertó sobresaltado. Comprendió que algo extraordinario ocurría, y preguntó:

— ¿Cuál es la causa que produce este maravilloso resplandor? Yo desearía que me fuera revelada.

Y se oyó una voz suave que decía con acentos alegres:

— Acércate a mí, querida esposa — suplicó el rey...

— Yo soy tu esposa, soy Laksanavati, que he venido a verte para cumplir mi juramento.

— Acércate a mí, querida esposa — exclamó entonces el rey —. Consuélame de tu pérdida con algunas dulces palabras; pon en mi alma, herida por tu ausencia, el bálsamo de tu voz y de tu sonrisa celestial.

— No puedo, no puedo — contestó la reina, con voz empañada por el dolor —. Tu cuerpo está manchado; no puedo acercarme a tu persona. Yo había hecho un juramento: sólo he venido para cumplirlo; pero me es imposible dejarme ver por ojos que no estén libres de todos los afectos terrenos.

Y dichas estas palabras desapareció, dejando sumida la estancia en la profunda oscuridad primitiva. El rey dudó al principio si estaría soñando o habría oído en realidad aquellas palabras; pero pronto se convenció de que la aparición no había sido un sueño.

— Esta alma que acaba de visitarme — se dijo — fué en otro tiempo mi esposa. Ella tenía excelentes sentimientos, y por eso llegó a entrar en religión. Se alejó del mundo un solo día, y en otro día vió llegar su fin, y su acción meritoria recibió como

recompensa el colocarla entre los bienaventurados. Y ella, tan elevada y tan lejana, se digna acercarse a mí para decirme que mi cuerpo está manchado, que soy todavía materia vil y despreciable. ¿Por qué no saldré yo del mundo? Si es cierto que la uña de un solo deva tiene tanto valor como todo el mundo, mi reino es un pobre y mísero rincón del universo, que no merece conservarse, cuando es a costa de la felicidad.

Apenas amaneció el nuevo día, el rey Udasena llamó con urgencia a sus ministros, a sus generales, a los grandes dignatarios del reino, a los sacerdotes, y, cuando todo su cortejo estuvo reunido, salió el rey con su más rico traje, subió pausadamente al trono y, en medio del más profundo silencio, dijo estas palabras:

— Os he convocado para comunicaros mi irrevocable decisión de abandonar el mundo y retirarme a un monasterio. Según las leyes del país, será mi heredero y sucesor mi hijo Rajasena; prestadle, pues, el homenaje de fidelidad, juradlo por rey.

Todos se extrañaron de tal determinación; sin embargo, le obedecieron.

Jurado rey el príncipe Rajasena, su pa-

dre se levantó del trono, ciñóle por sí mismo la corona, le entregó el cetro y dióle atinados consejos políticos. Y, expresando a todos sus servidores la más profunda gratitud, se alejó del salón del trono, bajó la escalinata de palacio, completamente solo, y se dirigió a un monasterio.

Mientras el rey Udasena se dedicaba al estudio y a las prácticas religiosas, su hijo, el nuevo rey, no se preocupaba mucho del gobierno de su país. Dió su confianza a hombres hábiles para calumniar, a personas informales que administraban mal y causaban gran descontento en el pueblo. El malestar se hizo general en el país y llegó hasta los oídos del rey asceta; quien, movido de compasión hacia su hijo y hacia sus antiguos súbditos, se decidió a ir en persona a convertirlos al buen camino, por donde siempre habían marchado.

Cuando Rajasena supo que su padre iba a llegar, se alegró extraordinariamente y quiso ordenar a todos sus súbditos que salieran al camino a esperar al augusto y ve-

nerable viajero. Mas sus ministros, malos y calumniadores, vieron el peligro que para ellos ofrecía la presencia del viejo monarca; temieron verse privados de sus cargos, ya que ellos tenían la principal culpa del descontento que en el país cundía, y se insinuaron en el ánimo del joven e inexperto rey, diciéndole:

— Tú llevas ahora, oh rey y señor nuestro, la corona celeste, y te sientas en el trono del León. Ya sabes que es ley que no puedan sentarse dos personas a la vez en ese trono. Si traes aquí al rey tu padre, él tomará de nuevo la dignidad real, te arrebatará el cetro y el mando, y de seguro te hará morir. Si quieres conservar el poder, no hay más que un medio.

— ¿Cuál? — preguntó vacilante el joven monarca.

— La muerte del rey tu padre — le contestaron.

— ¡Callaos!, ¡callaos! — gritó indignado el joven rey.

Quedó profundamente conmovido, ensimismado en los más encontrados pensamientos, que batallaban en el fondo de su alma: de un lado el amor filial, de otro el

temor a perder el trono y el poder. Pero como las arteras insinuaciones de los criminales ministros no cesaran de infiltrarse en su alma, acabó por ceder a su mal pensamiento y llamó a un verdugo para que matara al rey su padre.

El verdugo quedó aterrado al oír tal mandato. Sabía que el no cumplirlo traía aparejada su propia muerte, y temblaba al pensar que su destino le hubiera llevado a aquel triste caso, pues el rey viejo era querido y admirado de todos sus súbditos, por haber sido bueno y justo. Presentóse, al fin, ante el anciano venerable, prosternóse en tierra, adorándole, y le dijo con voz entrecortada por el miedo y por la emoción:

— ¡Señor! Antes, siempre que yo venía a tu presencia, era para recibir algún beneficio; hoy quiere mi triste destino que venga a devolver con un acto cruel las muchas benevolencias que he de agradecerte. Pero bien sabes, señor, que no soy otra cosa que un encargado por el rey, tu hijo, para darte muerte: si no cumpliera estas órdenes, sería yo mismo castigado con igual pena.

— He venido — respondió el anciano monarca — desde el retiro donde ejercitaba

las prácticas piadosas hasta esta ciudad, con el ánimo de convertir a tu rey y señor, para que el pueblo volviese a ser feliz y a sentir la justicia. ¿Cómo podría yo cargar sobre mi alma la responsabilidad de que te condenaran a muerte? Corta, corta, por donde quieras.

Y mientras hablaba así alargaba su cuello, que fué creciendo, creciendo, hasta alcanzar una longitud de cien codos. El verdugo se quedó atónito; y ante la insistencia de las órdenes del anciano monarca, descargó un golpe con su sable sobre el cuello del rey. Pero la hoja rebotó sin herirle ni hacerle mella alguna. Una vez, otra vez, diez veces más, repitió el verdugo sus golpes, siempre con mayor fuerza; y otras tantas veces el sable saltó sin hacer el más insignificante rasguño. El infeliz ejecutor de la justicia, sudoroso y jadeante, temía por su vida, ya que su víctima parecía invulnerable. El anciano rey se compadeció de su verdugo, y le habló así:

— Voy a darte fuerza para que puedas matarme. Pero ha de ser con la condición de que una vez que yo haya muerto a tus manos, vayas a la presencia del rey, tu

señor, y le digas: «Tú has hecho matar a tu »padre y, a la vez, has dado muerte a un »elegido. Por haber realizado estos dos crí»menes, tendrás mucho que llorar, porque »has cometido una falta que se transmitirá »de existencia en existencia, y no se caerá »nunca de encima de tu alma.»

Después de estas palabras el verdugo blandió de nuevo su sable sobre la cabeza del rey, y entonces ya se hundió la finísima hoja acerada en el cuello de la víctima, y la cabeza del venerable anciano, que tan justamente había gobernado a su pueblo, rodó por el suelo, dejando por todos lados rastro de su sangre generosa.

♣ ♣ ♣

El verdugo, cogiendo la cabeza, se dirigió a la presencia del rey criminal. Tremenda impresión causó en el ánimo de Rajasena la vista de tan tétrico trofeo; sobre todo cuando notó que la faz tenía la dulce placidez ordinaria del difunto, sin haberse demacrado, sin haber perdido el color natural. Comprendió el inexperto joven que su padre había obtenido la sabiduría y que

no pensaba en ocupar de nuevo el poder. Le apesadumbró entonces lo que había hecho; su corazón fué presa del dolor; lloró, se arañó el rostro, se lamentó del suceso hasta perder el sentido por la fuerte emoción. Cuando después de largo rato recobró el conocimiento, preguntó al verdugo qué palabras había pronunciado su padre al morir, y el verdugo, con aspecto trágico, sin haber soltado el fúnebre trofeo que en la mano traía, le repitió las palabras del anciano monarca:

— El rey me encargó que te diga: «Tú »has hecho matar a tu padre y a la vez has »dado muerte a un elegido. Por haber rea»lizado estos dos crímenes tendrás mucho »que llorar, porque has cometido una falta »que se transmitirá de existencia en exis»tencia, y no se caerá nunca de encima de »tu alma.»

Ante palabras tan terribles, aumentó la desesperación del joven rey.

— Mi padre — clamaba — ha obtenido la sabiduría de los elegidos. ¿Cómo había de ambicionar el trono? Me han inducido a cometer un horrible crimen; me han hecho sacrificar a mi padre.

Y como loco, juraba que habían de pagar su falta los perversos ministros que le habían engañado. Pasaron ocho días sin que el rey se dejase ver de nadie. Los ministros calumniadores temieron por sus propias vidas, teniendo en cuenta el tremendo enojo del monarca. Y en cuanto tuvieron ocasión, dijeron al rey:

— En el mundo, señor, no hay santos elegidos, ¡ni cómo había de haberlos! Tú das crédito a proposiciones vanas y a afirmaciones insensatas, y te afliges y te desesperas sin necesidad.

El rey volvía a dejarse convencer por las criminales insinuaciones de sus malvados ministros. Acaso en el fondo de su alma creyera convenirle creerlos, para acallar la voz de su conciencia que le acusaba de su doble crimen.

— Vosotros decís que no existen elegidos ni santos, y, sin embargo, yo veo que mi padre ha muerto hace varios días y su rostro sigue incorrupto, sin el más pequeño cambio. Si él no hubiese alcanzado el estado de los elegidos, ¿cómo podría suceder esto? Además, en tiempos de mi padre, los grandes ministros Tisya y Upatis-

ya salieron de este mundo mortal y alcanzaron la vía de los elegidos: los dos hicieron gran cantidad de milagros, que todos hemos visto. Después de su *nirvana,* se recogieron sus venerandas cenizas y se les levantaron suntuosos mausoleos, que todavía se conservan. ¿Cómo, pues, os atrevéis a decir que no existen santos elegidos?

— En el mundo — respondieron sonriendo los ministros calumniadores—son capaces de hacer milagros también los que entienden de recetas mágicas y de encantamientos. ¿Nos permitirás, oh rey y señor nuestro, que dentro de unos días te demostremos que esos ministros que dices no fueron santos elegidos?

— ¿Seréis capaces de probármelo? —preguntó ansioso el rey.

– Dentro de ocho días, si tú nos das, señor, este plazo.

Los pérfidos ministros, comprendiendo que en esta prueba les iba la vida, se dedicaron a preparar la superchería. Fueron a los mausoleos donde reposaban las cenizas de los dos santos ministros; hicieron un agujero al pie de cada monumento, y en cada agujero metieron un gato. Echaban de co-

mer a los gatos alrededor de los mausoleos, y los animales se acostumbraron a salir, cuando los llamaban, a comer carne; luego se volvían a meter en sus agujeros. Así que vieron a los gatos bastante dóciles, fueron a la presencia del rey, para decirle:

— Señor, ¿deseas ver a Tisya y a su compañero? Muy de veras te agradeceremos que los visites en nuestra compañía.

El rey mandó disponer su carro, y montado en él, se dirigió a visitar los mausoleos. Los pérfidos calumniadores llamaron entonces a Tisya, rogándole que saliera, y el gato salió, como de costumbre, del agujero; mandáronle después que se metiera, y el animal se volvió a su sitio. El rey, al ver aquello, perdió la fe en los santos ministros; su corazón fué oscurecido por el velo de la ignorancia; pensó que el acto criminal que había cometido no tenía importancia alguna, y no se preocupó más de los premios y los castigos, de las dichas o de las penas de la vida futura.

A partir de este momento, nada ni nadie detuvo el capricho del joven soberano. No hubo crimen que no cometiera, ni respetó ninguna doctrina, ninguna creencia. Alen-

tado por sus malos ministros, los pérfidos calumniadores, dejó transcurrir los días y

Llamaron a Tisya, y el gato, como de costumbre, salió del agujero...

los años cada vez más alejado del recto camino, cada vez más odiado de su pueblo.

* * *

Un día tuvo el rey Rajasena el capricho de revistar su ejército. Dispuso que todos los soldados, con sus armas y arreos, saliesen de la ciudad, y él marchó delante al

frente de las tropas. Después de haber dado un paseo, y cuando se volvían ya a la ciudad, divisó en el camino al venerable Katyayana, que estaba sentado correctamente en un lugar tranquilo y apartado; sumido en la contemplación, había llegado al éxtasis. Al verle, tuvo el rey un mal pensamiento, y, como acostumbraba, lo puso en ejecución, guiado de sus perversos sentimientos: cogió un puñado de tierra y se la arrojó al rostro al venerable, diciendo a los de su séquito:

— El que quiera proporcionarme un gran placer, que eche un puñado de tierra sobre Katyayana.

Los ministros, los generales, los altos dignatarios primero, y luego los soldados todos del ejército, fueron arrojando su puñado de tierra sobre la cabeza del venerable: el polvo subía, subía con rapidez, hasta que el montón sobrepasó la cabeza y envolvió el cuerpo del infeliz.

El ejército se alejó, dejando al venerable oculto por la tierra. La noticia de tan criminal acción llegó a oídos de uno de los grandes ministros, hombre piadoso y creyente, que sintió una profunda pena. Diri-

gióse sin tardanza al lugar en donde estaba enterrado vivo el infeliz asceta, y se apresuró a sacarle de su rara sepultura, mandando a todos los que le obedecían que ayudasen en la caritativa labor.

Después de mucho trabajo, quitaron el montón de tierra y hallaron al venerable, sentado en una piedra dentro de una gruta: estaba fresco y brillante, y la tierra no le había manchado siquiera. El ministro, lleno de alegría, prosternó su rostro hasta el suelo, en señal de adoración, tocó los pies del venerable, y le dijo:

— El rey, necio e insensato, ha cometido esta maldad. El bien y el mal reciben su retribución, sin duda alguna. ¿Cómo podrá escaparse de la desgracia que le amenaza?

El venerable levantó los ojos del suelo, miró fijamente hacia la ciudad y, señalándola con su mano, dijo con acento profético:

— Dentro de siete días, del cielo se abrirán nubes de polvo, que dejarán caer tierra en vez de agua; esta tierra llenará el interior de la ciudad, y se acumulará hasta levantar una montaña. El Rey y todos los

habitantes perecerán sepultados por la tierra del cielo.

Profunda impresión y tristeza produjeron estas terribles palabras amenazadoras en el ánimo del buen ministro. Emocionado, fué a avisar al rey sin pérdida de tiempo; además, valiéndose de un artificio, y empleando a centenares y miles de esclavos, cavó una galería subterránea, que tenía su salida fuera de la ciudad.

Pasaron los siete días, plazo puesto por el venerable asceta para la destrucción de la ciudad, y sus habitantes vieron con sorpresa que del cielo llovían flores perfumadas, joyas, ricos vestidos. Todos los habitantes de la ciudad estaban radiantes de alegría y de contento. Los ministros calumniadores aprovecharon tan feliz coyuntura para adular al soberano, y le decían:

— Estos prodigios tan venturosos solamente se deben a la virtud del rey. Un hombre necio y fanático profetizó males y desventuras; dijo que llovería tierra y han caído del cielo flores y joyas; en vez de la ruina y de la desolación, viene la dicha; en lugar de la muerte, tenemos la riqueza.

Tales palabras se extendieron, corrieron

de boca en boca, llegaron a los más apartados rincones de la ciudad, y todos los habitantes de ella se lanzaron a las calles, a las plazas, para ver el prodigio, para obtener alguna ventaja de aquellas riquezas celestiales. Como un hormiguero gigantesco, la gente pululaba y corría por todo el ámbito de la ciudad, locos de alegría, recogiendo y amontonando joyas y vestidos. De pronto, sobre las cuatro puertas de la ciudad una fuerza oculta colocó barreras de hierro, espesas, fuertes y altas, tanto que no quedaba ningún resquicio por donde se pudiera huir. Y entonces el cielo empezó a enviar una lluvia de tierra: primero como polvo imperceptible, luego semejante a la arena fina, después espesa, hasta oscurecer la luz del sol. Y bajo aquella lluvia fué desapareciendo poco a poco la ciudad: dejaron de oírse los lamentos de los infelices habitantes sepultados, y el polvo siguió cayendo, hasta que fué una montaña ingente lo que antes ocupaba la hermosa población.

Unicamente, el ministro bueno, con los que le eran afectos, pudo librarse de la muerte, huyendo por el subterráneo que había cavado. Y se dirigió al retiro del vene-

rable Katyayana, que seguía entregado a sus piadosas meditaciones.

— Estoy conmovido — dijo al asceta —; esta infortunada ciudad ha sido enterrada en el brevísimo plazo de un día; lo que era una población animada, es hoy una seca y pelada montaña; el rey y su pueblo han perecido juntos. Ya sé que el rey se había hecho acreedor al más terrible castigo; pero ¿y su pueblo? ¿Cuál ha sido la causa anterior de esta desgracia?

— Escuchadme — les dijo el venerable — que os lo voy a explicar:

«Hace muchos siglos, había en esta ciudad una joven, hija de un personaje notable, que vivía en una casa con azotea. Cierta mañana que la joven barría y limpiaba la casa, echó desde la azotea la basura que había recogido, y toda esta suciedad fué a caer sobre la cabeza de un religioso: la doncella no se arrepintió de aquella falta. Sucedió que se casó, poco tiempo después, con un hombre bueno, y era muy feliz en su matrimonio. Las demás mozas, sus amigas, la preguntaban: «¿Qué has hecho para lograr marido tan honrado y tan excelente?» Y ella les respondía, como por broma: «Lo

único bueno que yo he hecho es cubrir de basura la cabeza de un religioso, al barrer la azotea de mi casa. Por esto habré logrado un buen marido.» Las otras mozas creyeron

El ministro bueno, como los que le eran afectos, pudieron escapar por el subterráneo...

que era verdad esto que había contado aquella desvergonzada, y se dedicaron a recoger tierra y a echarla desde las ventanas y desde las azoteas sobre los religiosos que acertaban a pasar. Todos aquellos actos han tenido su justa retribución.»

Después de haber hablado así, Katyayana, acompañado de la diosa protectora de la ciudad de Roruka, recién destruída, del ministro bueno y de los pocos que le seguían, se dirigió a la ciudad de Pataliputra, que había de llegar a la más floreciente prosperidad.

EL MÁS TONTO DE LOS TRES

Tres maestros de escuela estaban sentados en la barbacana del puente de Bagdad. Cortando la corriente del agua subía una elegante barca, donde paseaba y se divertía un rico negociante; al pasar frente al grupo, el dueño de la barca los saludó cortésmente.

Cada cual pretendía que el saludo había sido dirigido a él solo. Tras largo rato de disputa no lograron entenderse, y tomaron el acuerdo de salir detrás del comerciante con el objeto de preguntarle a quién de ellos había saludado. Alquilaron, al efecto, una barca, y fueron siguiendo la del cortés paseante, hasta que llegó la tarde y éste desembarcó en una de las islas para pasar allí la noche.

Los maestros se le acercaron y le hicieron la peregrina pregunta:

—Señor, nosotros estábamos en el puente de Bagdad; tú has pasado en tu barca y has saludado. ¿A cuál de nosotros se dirigía tu saludo?

El comerciante, hombre de agudo ingenio y de muy corteses modales, comprendió la poca salida de aquellos infelices, y con ánimo de divertirse, les dijo:

— Quedaos a pasar la noche conmigo, y mañana os responderé a lo que deseáis saber.

Y mandó luego traer una opípara cena. Así que hubieron comido cuanto tuvieron gana, el comerciante les dijo:

— Contadme cada cual la cosa más chocante que le haya sucedido en su vida.

* * *

Uno comenzó diciendo:

— Yo soy maestro de escuela: me dedico a enseñar a los niños a leer y a escribir. Un día despedí a mis discípulos, al terminar la hora de la clase. Cuando todos los muchachos se habían ido a su casa, volvió uno de los más traviesos y tapó la puerta de la escuela, cubriéndola con una pasta muy dura, que

le daba un aspecto igual al del muro. Al día siguiente yo no encontraba la escuela por ninguna parte. Los chiquillos estaban en pie. Preguntéles qué sucedía, y el mayor de todos, me dijo: « — Señor maestro, la escuela está muy disgustada contigo porque nos pegas; ella se ha marchado a hacer sus cosas.» Salí desolado en su busca; al primer hombre que me tropecé le dije: « — ¿Has visto por aquí una escuela?» « — Delante de ti la tienes» me contestó. Seguí andando y pregunté a otro, y luego a otro y a otro, y todos me decían lo mismo. Salí de la ciudad. A la noche llegué a una aldea y me dirigí a un anciano que me llevó consigo. Apenas entré en su casa, oí que decía a su mujer: « — Ordeña, porque hay poca leche.» Sacó un vaso en donde había leche. Bebí, y experimenté una profunda pena, porque había dejado transcurrir mi vida sin haber bebido cosa tan buena. Al otro día le pregunté por la escuela, y me dijo: « - Ha dicho que tiene vergüenza de ti, pero que cuando vuelvas la encontrarás de nuevo en su sitio.» Regresé a la ciudad, compré un vaso para llevar leche. Fuí a la escuela, descubrí que en efecto estaba en

su lugar acostumbrado, y dije a mi mujer: « — Ordeña.» Pero como no tenía vaca ni cabra, no pude beber leche.

* * *

El segundo maestro habló así:

— También yo soy maestro de escuela. Había enseñado a los niños a que, cuando uno estornudase, extendieran las manos diciendo: «¡Dios te ayude!» Cierto día, uno de los chicos se acercó a mi sitio y me dijo: « — Señor maestro, en el pozo hay una escuela de niños que leen lo mismo que nosotros.» Me dirigí al pozo, miré atentamente, y vi, en efecto, a los niños con su maestro. Furioso al ver que aquel hombre se había metido en mi escuela, le injurié: él me injurió también; le hice señas de que le iba a pegar: él me hizo las mismas señas; todo lo que yo hacía, él lo imitaba. Entonces me colgué a la cuerda del pozo y descendí, después de recomendar a los chicos: « — Sujetad la punta de la cuerda y dejadme caer suavemente.» Pero en aquel momento, sin duda por el frescor del pozo, estornudé y alabé a Dios. Los chiquillos dejaron la cuerda, ex-

tendieron sus manos, y dijeron solemnemente: «¡Dios te ayude!» Caí al fondo del

Se hacía la ilusión de ver en el fondo del pozo a los niños y al maestro.

pozo, y no encontré allí ni maestro ni discípulos, ni supe dónde diablos se habían ido.

* * *

El tercero contó:

—Yo soy también maestro de escuela y estoy casado con una mujer de muy mal genio, a la que tengo un miedo atroz,

Cría gallinas, pero recoge los huevos y los guarda para ella sola, sin permitir que nadie se coma uno. Cierto día que ella había salido a hacer un recado, cogí dos huevos con intención de comérmelos. Pero cuando yo salía cerca de la puerta de la calle, hétela que viene. Sentí pavor y no se me ocurrió otra cosa que meterme los huevos en la boca, uno en cada carrillo. Ella notó que se me había hinchado la cara, y me preguntó: « — ¿Qué te pasa?» Yo me turbé y caí por tierra. Mi mujer llamó a un médico para que me examinara cuidadosamente: el físico dijo que era preciso cortar el carrillo. « — Hazlo» — le ordenó mi mujer. Tomó un bisturí, abrió las mejillas y sacó entonces los huevos.

— ¿Y tú no decías nada? — preguntó asombrado el comerciante —. ¿Tú no hablabas siquiera?

— No.

— Pues... a ti es a quien he saludado.

ÍNDICE

	Páginas.
Advertencia.....	7
El visir resucitado..	11
La injuria del brahmán.....	63
La ciudad sepultada.....	91
El más tonto de los tres.....	119

3 0081 013 270 925